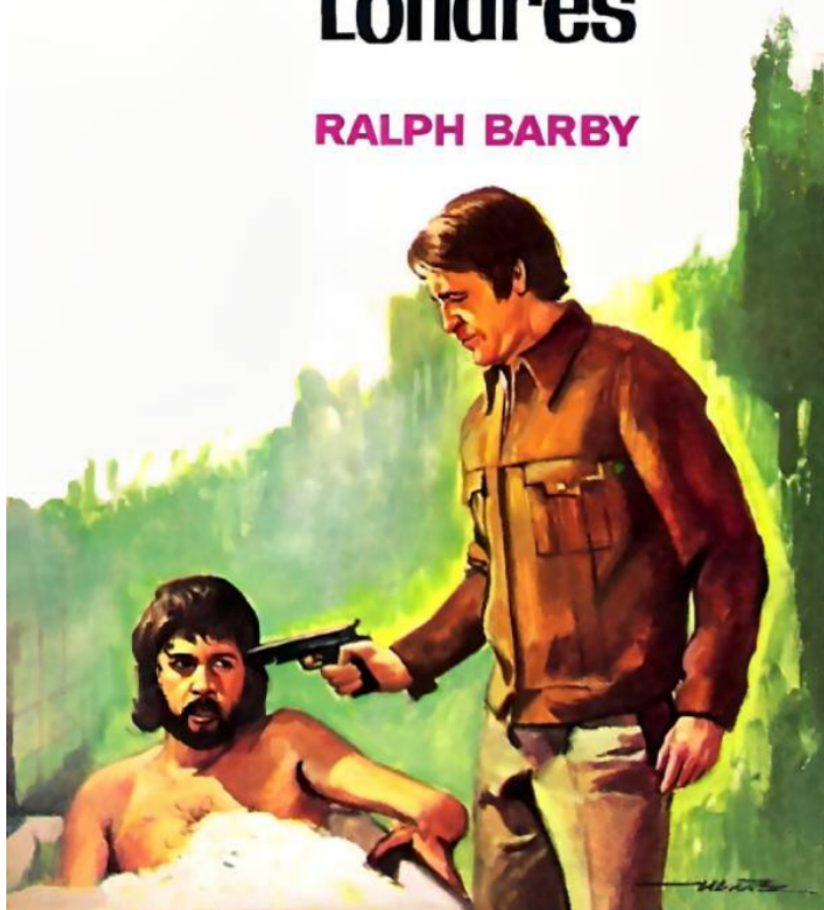




un avispero en Londres

RALPH BARBY



SS

SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

UN AVISPERO EN LONDRES

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.287

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 4.797 - 1975
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: abril, 1975

© Ralph Barby - 1975
Texto

© Jorge Núñez - 1975
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección COLORADO:
838 - La larga espera de la muerte.
- En Colección KANSAS:
744 - El comisario rebelde.
- En Colección CALIFORNIA:
881 - Buscando a un tramposo.
- En Colección BRAVO OESTE:
585 - "Colt" a sueldo fijo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.261 - Armas, esmeraldas y Kung-Fu.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
988 - Trampa para un amigo.
- En Colección PUNTO ROJO:
656 - La venus de los pies grandes.
- En Colección ASES DEL OESTE:
647 - Los torturados de Nogán.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.351 - Más astuto que los coyotes.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.051 - Los rebeldes del pañuelo rojo.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
120 - La matanza del paso de Trout-Creeb.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
85 - Una bala para un "Colt".

CAPÍTULO PRIMERO

El anuncio por palabras fue publicado en un periódico matutino de Londres. Millones de personas habían podido leerlo, pero sólo un hombre había abandonado su habitación del hotel, dejando a una exuberante rubia escandinava en brazos de Morfeo. Tras caminar algo más de quinientas yardas, se introdujo en una cabina telefónica. Se calzó unos finos guantes de piel oscura y disco unos guarismos.

—¿Sí, diga?

—¿Vende usted siete gatos siameses gemelos en bloque?

—Así es. ¿Le interesa comprarlos?

—Es una pena. A mí me interesan once gatos de Angora nacidos en Londres.

—Si sólo es eso, creo que podrá encontrar los que busca en las Strong Gallery, Photo Shop. Siento mucho no poder atenderle.

El hombre alto y atlético, de músculos finos y ágil de movimientos que había llamado por teléfono interesándose por el anuncio por palabras, escuchó el ruido del teléfono al ser colgado y luego, la señal inequívoca de que el contacto se había cortado.

Colgó el auricular. Llamó a un taxi y le ordenó:

—Walworth Road.

El taxista se permitió comentar:

—Parece que el cielo se pone cada vez más plomizo, o quizá es que la noche se adelanta. Tengo la seguridad de que esta noche tendremos lluvia.

—¿Lo dice por el cielo o por su rodilla?

—¿Por mi rodilla? ¿Cómo sabe que me duele la rodilla e intuyo el tiempo por ella?

—Por el embrague, amigo. No lo pisa a fondo y podría hacerlo con sólo estirar un poco más la pierna, es obvio que le duele la rodilla. Seguro que en los días de buen tiempo no le gruñe el

cambio.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió entre perplejo e interesado.

—Porque si le gruñera como ahora, ya tendría el coche más estropeado que una alcahueta del Soho lo que usted está imaginando.

—Diablos, es un tipo muy observador. Merecería ser sabueso.

El taxista hubiera deseado seguir hablando con el viajero, pero éste alzó la mano e hizo detener el autobús que se alejaba de la City hacia las poblaciones periféricas. Lo vio desaparecer dentro del vehículo mientras oscurecía más y más.

El autobús se detuvo a petición del alto pasajero de cabello rubio muy claro, casi albino, ojos grises-azulados y mentón duro.

Vestía con una elegancia natural, aunque un experto en sastrería inglesa, pese a llevar ropa del mejor paño de Manchester y cortada en Londres, hubiera podido jurar ante el gran tribunal que aquel hombre no era británico.

Un especialista en fonética también habría opinado que su inglés de la City era demasiado aséptico y perfecto. No era un *King English* ni tampoco un inglés *cockney*, como nacido en el Soho. Era algo difícil de determinar, un inglés que tampoco había salido de Cambridge u Oxford, pero que podía proceder de otra Universidad.

Sin embargo, cualquier ciudadano normal inglés e incluso policía, sí lo habría tomado por británico y de haberlo pretendido él, por alemán en Berlín o sueco en Estocolmo.

Aquel hombre frío, calculador, intuitivo y observador conocía a la perfección nueve idiomas con sus variantes y acentos regionales, y tras un severo entrenamiento se había acostumbrado a pensar en imágenes y jeroglíficos para que ni siquiera dormido o bajo los estímulos de cualquier tipo de droga, pudiera hablar en algún idioma concreto que le traicionara.

De este modo, si estaba drogado, siempre respondería en el idioma con que le preguntasen.

Todos aquellos entrenamientos habían sido muy dificultosos y para conseguirlo había acudido a las más ingeniosas, instruidas, complicadas y sabías fuentes, desde el lejano Oriente a la academia del FBI en Quántico o las escuelas especializadas de Scotland Yard.

Se había adiestrado también en los *Secrets Campus* de Holanda, para entrenamiento de mercenarios, y en una finca secreta de la

OAS francesa para entrenar terroristas urbanos.

El autobús se alejó y él siguió caminando junto a la carretera hasta introducirse por un camino forestal. Al aproximarse a un cercado, oyó ladrar a un perro. Lanzó un silbido con variante de notas y el animal enmudeció.

El hombre se acercó a la puerta de la verja e introdujo una llave en ella.

Ya había caído la noche y olía a humedad. La hierba estaba fresca y mojada. El perro, un hermoso pastor alemán de pelaje negro-plateado, gimió al verle.

El hombre le ofreció una golosina en su mano que el animal engulló rápidamente y con muestras de satisfacción.

—Eh, «Marcky», ¿por qué has ladrado? —preguntó el guardián del campo almacén de *roulottes*, acercándose con una escopeta de caza de dos cañones y una linterna en la mano con la que iluminó al hermoso animal, el cual mascaba algo y movía la cola contento.

Mientras el vigilante hablaba a su perro, el hombre albino que había pedido la compra de once gatos de angora nacidos en Londres, introducía un llavín en una de las *roulottes* blancas, con una franja dorada horizontal a la altura de la mitad de la carrocería. Después, desapareció en el interior de la misma.

Tanteó la *roulotte*, comprobando que todas las ventanas estaban herméticamente cerradas. Luego, conectó la batería y se encendió una luz.

La *roulotte* era grande y en ella podía moverse con normalidad. Parecía vulgar, pero su armario contenía demasiada ropa, frascos y pelucas para que lo fuera.

El hombre no se había quitado los guantes para nada; tampoco se los quitó para tomar la caja de pinturas y apósitos plásticos de gran calidad, que ya hubieran querido para sí los mejores artistas de los grandes teatros londinenses.

Se despojó de la chaqueta, la camisa y los pantalones y se puso frente a un buen espejo, comenzando a transfigurar su rostro.

Se tiñó el cabello e incluso cambió el color de sus ojos con unas imperceptibles lentillas de color verdoso. Se colocó un traje marrón de cuadros escoceses, algo vulgar, y al fin se quitó los guantes que en todo momento habían protegido sus manos.

Con sumo cuidado y una por una, tomó unas imperceptibles

películas que fue colocando sobre cada una de las yemas de sus dedos.

Una vez realizada la difícil y complicada operación, humedeció las diez yemas falsas de sus dedos en una esponja oleosa. Después, volvió a enfundar sus manos en los guantes.

Tomó una extraña pieza plástica que montó sobre las muelas del juicio, cruzando una varilla el paladar.

Finalmente, abrió un cajón y sacó una pistola «Bronstein» polaca, del calibre 22. La guardó en el interior de su chaqueta y se decidió a abandonar la *roulotte*.

Salió del cercado sin que el perro le molestara, pues su olfato advirtió al can que, en esencia, seguía siendo el mismo hombre, pese al atuendo, al pelo oscuro, cuando antes era casi albino, los ojos verdosos en lugar de gris-azulados, los pómulos más salientes y las cejas cambiadas.

Llegó hasta la carretera y anduvo un par de millas en dirección contraria a la ciudad, ya sumida en la noche.

El hombre que quería comprar los gatos de Angora nacidos en Londres, llegó al centro de la City. Se detuvo frente a un aparcamiento de peaje y puso un par de chelines para que el policía de vigilancia, no reparase en él hasta transcurrido cierto tiempo. Luego, se alejó a pie.

Diez minutos más tarde entraba en las Strong Gallery donde se agrupaban varios establecimientos autónomos. Sus pasos le llevaron al que en su rótulo anunciaba Photo Shop.

Una morena de exuberantes senos, que procuró realzar al descubrir a su cliente, preguntó sonriendo:

—¿Desea un revelado?

—No, un revelado precisamente, no.

—Le advierto que revelamos todo lo que quiera traernos. Hacemos trabajos especiales, ampliaciones y garantizamos la máxima discreción.

—Quiero comprar once gatos de Angora nacidos en Londres.

—Ah, sí, pase a la máquina automática de fotografiar. Hoy en día para todo piden fotos de carnet, hasta para comprar gatos de Angora nacidos en Londres.

Obediente, el hombre pasó al diminuto cuarto de fotografía automática.

La dependienta le cogió el rostro con sus manos, observándole muy de cerca. Se inclinó sobre él de tal manera que las manos del hombre constataron lo que ya su mirada había comprobado y aceptado como bello.

—Tiene usted unas ojos muy bonitos —ronroneó ella—. Mire al centro del objetivo y ponga las manos encima de esta plataforma blanca, es para que su postura resulte más cómoda. Luego, no se mueva. ¿Comprendido?

—Sí.

Ella encendió unos focos, más no corrió las cortinas. Se le quedó mirando y preguntó:

—¿Le gustaría ir a Rusia?

—Bien acompañado, sí me gusta Rusia.

—A mí me agradaría más ir a Japón, es muy exótico.

—Para estar en el barrio de Ginza, es lo mismo quedarse en Londres que ir a Tokio.

—¿Y España? —preguntó mientras se oía el clic automático de la máquina puesta en funcionamiento.

—La Costa Brava y la Costa del Sol son muy agradables. La máquina comenzó a hacer unos extraños ruidos.

Alguien golpeó los cristales de la puerta de la tienda. El hombre preguntó en voz baja:

—¿No va a atender a los clientes?

—Ya es la hora de cerrar y he tomado la precaución de colocar el pasador.

—Pero en la tienda hay luz.

—Ya se cansarán de llamar —dijo ella volviendo a besarlo mientras hundía sus dedos entre el cabello ahora negro y abundante.

En efecto, se cansaron de seguir llamando y el hombre comprobó que en amor, cinco minutos de soledad podían ser mucha soledad para una pareja.

La máquina vibró un poco más al final y salió una tira de seis fotografías de su rostro que el hombre tomó.

La mujer, que ahora sí tenía las mejillas encendidas y la respiración arrítmica, indicó:

—Se terminó, son cuatro chelines.

Tras guardar las fotografías, dejó los cuatro chelines sobre la

plataforma blanca donde había apoyado las yemas de sus diez dedos. Colocándose meticulosamente los guantes, le dijo:

—Ha sido un placer venir a buscar fotografías para comprar once gatos de Angora nacidos en Londres.

—¿No necesita nada más esta noche?

—Me gustaría ser las cataratas del Niágara, pero sólo soy un hombre. Buenas noches.

La dejó dentro de la cabina, reponiéndose y desolada.

El hombre descorrió el pasador y poco después abandonó las Strong Gallery. Sabía muy bien que de no haber coincidido su voz cuando respondía a las preguntas, aparentemente tontas de la mujer, o sus huellas digitales, no habrían salido las fotografías como él deseaba, pues aquella máquina, aparentemente inofensiva, tenía un ordenador electrónico detrás, que computaba las huellas dactilares y la estructura de la voz, de modo que todo debía de coincidir para que fuera identificado como el personaje concreto al que se tenía que entregar la información. La noche era espesa y Londres, muy grande; él iba a vivirla plenamente.

CAPÍTULO II

En su parte posterior, las fotografías tenían unas numeraciones con letras incluidas que a cualquiera le habrían parecido la numeración del cliché para que la casa fotográfica controlara su archivo, pero el hombre sabía que aquella numeración era una clave.

«L.T. -H.P. 120- 24», leyó en la primera línea. A continuación, «11.18.1.23» y la fecha, «10-74».

Hora, «24.00».

Sonrió. Por el momento, sólo sabía dos cosas claramente, sin consultar nada. Por el orden de los números de la segunda línea y transformados en las letras correspondientes del alfabeto, ahora se llamaba Kraw, y la fecha correspondía a la que estaba viviendo.

Sin embargo, la hora era las veinticuatro y para ello faltaban aún cuatro horas, es decir, debía de presentarse en el lugar que indicaba la clave a las veinticuatro horas, ni antes ni después.

Necesitaba un listín telefónico, pues las iniciales «L.T.», no significaban otra cosa. Por ello, caminó por la calle hasta entrar en una cafetería, grabando en su mente los números que iban tras las «L.T.».

En el local había un ambiente bastante selecto. Ocupó una mesa y pidió:

—*Un pousecafé*^[1].

—Sí, señor —se apresuró a decir el camarero.

—Ah, por favor, ¿puede traerme el listín telefónico por nombres?

—Sí, señor, claro.

Aquel hombre no tardó en tomar un sorbo del original combinado que había pedido y buscaba en la página 120 de la guía telefónica.

Cuando obtuvo la página, contó los abonados hasta coincidir en el que hacía el número 24 y señalado con el prefijo Hyde Park.

—¿Puedo sentarme? —pidió de pronto una voz femenina.

Nuestro hombre, ahora llamado Kraw, alzó la mirada despacio, recorriendo la figura estilizada y de curvas suaves, mezcla de ondulación de un ser marino y de la más hermosa de las venus griegas.

—Si le molesta, me voy a la barra. Es que no hay mesas libres —le dijo ella sin intimidarse en absoluto por la escrutadora mirada del hombre que parecía haberla medido de arriba abajo, calculando cada pulgada de curvas de su cuerpo.

—Puede tomar asiento, no me molesta.

—Gracias. —Al sentarse, llamó—: ¡Camarero!

—Sí, señorita. —Acudió rápido.

—Sírrame un vodka-orange con hielo y limón, mucho hielo.

—No hace mucho calor hoy —observó Kraw—. ¿Acaso usted tiene calor? —le preguntó con una voz que sonaba fría e indiferente, pero que distaba mucho de ser cortada o tímida.

—No, es que tengo un buen trabajo que hacer y con mucho hielo la bebida durará más rato fresca.

—Lo celebro, señorita...

—Geraldine.

—¿Geraldine? Yo diría que no tiene acento de Londres, y disculpe si soy indiscreto.

—Es usted muy sagaz. No soy de Londres.

—¿Acierto al suponer que ni siquiera es de Inglaterra?

—Pues, acierta. Soy danesa y estudio aquí con beca.

—Muy bien. ¿Y por qué no estudia en su apartamento?

—Porque el apartamento lo compartimos dos y mi compañera tiene...

—¿Ligue?

Ella sonrió tras el cigarrillo ya casi consumido y que terminó aplastando contra el cenicero cuando ya le traían la bebida pedida.

—Usted sí parece tener frío. Usa guantes hasta para tomar su combinado.

Kraw se miró las manos y tuvo un instante de indecisión; al fin optó por quitarse los guantes.

—¿Le gusta más así?

—Por mí, haga lo que quiera —repuso Geraldine.

Quedaba muy cerca de él, pues en aquella cafetería las mesas estaban separadas unas de otras por mamparas.

—Bueno, cada cual a lo suyo. Usted, a consultar el listín telefónico, que es lo que parece interesarle, y yo a aplicarme en la filología británica.

—Complicadillo el tema.

Ella se encogió de hombros. Alzó la tapa de la carpeta y el libro cayó hacia el lado en que se hallaba Kraw, un libro más bien delgado y forrado en plástico duro y muy liso.

Kraw lo tomó, devolviéndoselo. Ella, como deseando cogerlo a su vez, se había acercado al hombre y éste se encontró con las hermosas piernas enmalladas al alcance de su mano. No las tocó, y ella se lo quedó mirando.

—Parece usted muy intrigada, Geraldine.

—Bueno, en su lugar, otro me hubiera acariciado la pierna.

—Y si llego a acariciarle la pierna, ¿qué hubiera hecho?

La joven pareció dudar.

—Me cae bien, pero no ando buscando...

—¿Ligue?

—Sólo he venido a estudiar.

—A mí me parece que ha venido a hacer tiempo hasta que su amiga quede satisfecha.

—Tampoco se muerde usted la lengua, señor...

—¿Qué le parece si matamos el tiempo en un cinematógrafo?

—¿Manitas?

Él sonrió a la intencionada pregunta de la muchacha.

—Una vez, un amigo me contó que en cierta ocasión encontró un «ligue» fácil. Se saltó el prólogo de las manitas y se fue a un hotel.

—¿Y quedó frustrado?

—No, ahora tiene cuatro hijos.

Ella soltó una limpia carcajada. Consumió parte de la bebida que había pedido, puso unas monedas sobre la mesita y dijo:

—Vamos al cine de las manitas.

En el primer cine que encontraron, tomaron los boletos y pasaron al interior guiados por una acomodadora. Se acomodaron en la última fila. Tras ellos sólo había un cortinaje.

El filme que se proyectaba era una tragedia bélica y Geraldine se quitó las gafas. Kraw observó:

—No vas a ver bien la película.

—Es que no me interesa verla.

Cuando llegó el descanso, Kraw dijo a la chica cuyas mejillas ardían y sus labios quemaban:

—Voy a tomar algo fresco.

—¿Le temes al fuego?

—Si le temiera al fuego no estaría aquí, a tu lado. Si quieres salir conmigo...

—No es necesario, te espero.

Y Geraldine siguió esperando, porque Kraw abandonó la sala de proyección.

Tomó un taxi y se dirigió a Hornton Street. Allí, pagó, se apeó del taxi y cruzó la calle. Se introdujo en una boca de metro y luego subió a uno de los trenes.

Hizo transbordo en dos ocasiones, comprobando que no era seguido y por último, salió por la boca de la estación Victoria.

A escasa distancia quedaba el Europa Hotel, y hacia él se dirigió, entrando en consejería. Eran las doce en punto.

—Soy el señor Kraw y tengo una habitación reservada.

—Señor Kraw... —El pequeño y delgado conserje, cuya cabeza estaba tan exenta de cabello como el Sahara de robles, comprobó su libro—. Habitación cuarenta y dos, señor. Por cierto, han dejado un sobre certificado para usted.

Lo tomó. Se volvió de espaldas al conserje y lo abrió.

De su interior sacó un pasaporte y una hoja de papel algo grueso escrita a máquina.

—Señor, arriba en la habitación tiene ya el baúl que ha llegado de la estación marítima. Lo tengo anotado aquí.

—Gracias. Veo que las compañías de viajes eficientes se ocupan de todos los detalles.

—Sí, señor. Necesito su pasaporte y firme en el registro, por favor.

Kraw abrió el pasaporte y miró la fotografía del mismo.

Era idéntica a la que le habían hecho en la Photo Shop de las Strong Gallery, y pensó: «Se han apresurado en falsificar un pasaporte». Miró la firma. Ahora se llamaba Vincent Kraw.

Observó por un instante la firma y pasó al libro de registro, haciéndola más o menos parecida, con despreocupación.

—Bien, señor. Un botones le conducirá a su habitación.

Aceptó complacido la ropa que había dentro del baúl.

Había chaquetas y pantalones *sport*, dos trajes normales y dos *smokings*, uno blanco y el otro azul oscuro, con un abrigo impecable, todo de su medida. Sacó toda la ropa y tanteó el forro del baúl hasta notar un bulto inapreciable, un bulto que sólo hubieran detectado los dedos entrenados de un ciego.

Despegó con cuidado la cinta que unía los bordes por su lado interior y extrajo parte del forro.

De allí sacó una hoja mecanografiada con unas instrucciones y unos datos y la fotografía de un hombre de mediana estatura, más bien grueso, de aire teutón, con escaso y lacio cabello estirado hacia atrás. Su edad oscilaría en la cincuentena y parecía sonreír con actitud benévola.

Corrió las cortinas de la ventana. Se tumbó en la cama y con la luz de la mesita, sin chaqueta y con la pistola «Bronstein» al alcance de su mano, comenzó a leer el mensaje.

CAPÍTULO III

Hamalaka, el turco, era un hombre tan grueso que cuando se encajaba en una butaca tenía dificultades en el momento de levantarse de ella.

El turco tenía una pensión encima de unos pequeños almacenes que a su vez poseían un aparcamiento subterráneo. La pensión tenía tres pisos, y se las había ingeniado para ubicar en ella el máximo de habitaciones que le permitiera la ley.

Pese a los registros de la policía, tras alguna denuncia, nunca se había demostrado que tal pensión fuera un prostíbulo.

En cada habitación, Hamalaka tenía de una a dos chicas. Solía escogerlas extranjeras de todas las nacionalidades, estudiantes o pseudo-estudiantes.

El turco tenía varias manías.

Tenía más de dos docenas de hámsteres, como una vieja solterona pudiera cuidar loros o gatos.

Entre los hámsteres tenía algunos preferidos y otros malditos. A estos últimos los sometía a pequeñas torturas mientras los favoritos, además de lucir algún lazo o collarito, se veían obesos y barrigudos como él.

En ocasiones, a sus preferidos los dejaba salir de la jaula y pasear por su exótico apartamento, lleno de recuerdos otomanos y de otros lugares lejanos.

El lugar olía mal a causa de la cantidad de roedores y Hamalaka lo vaporizaba frecuentemente con un *spray* de menta que le agradaba y le recordaba el té árabe.

En más de una ocasión se había filtrado allí alguna de sus huéspedes, y no se sabía si por travesura o por venganza, había soltado a todos los roedores y además le había dejado a un gato callejero mientras el turco estaba ausente, organizando el lógico caos.

Al regresar, Hamalaka lo hallaba todo ensangrentado y al gato contento, con la panza llena y temeroso de recibir una paliza. Pero el turco tenía demasiados kilos encima de sus huesos para correr detrás del felino que solía escapar con rapidez.

Aquella mañana, Hamalaka recibía con una amplia sonrisa al visitante que le traía una tarjeta de recomendación. Él sólo recibía a personas recomendadas, es decir, a los hombres, porque las chicas que hospedaba acudían a él como moscas a la miel, diciéndoselo las unas a las otras.

Primero, Hamalaka cobraba poco por las habitaciones que rentaba y luego, terminaba dando dinero por el trabajo que las chicas hacían. Era su negocio.

—Bien, bien, el adjunto cultural de la embajada de Costa Larga es gran amigo mío. ¿Ya lo sabía usted?

Kraw asintió.

—Lo sabía.

—Un buen tipo ese Torres.

—No es Torres, sino Méndez.

—Oh, perdón, qué memoria la mía, con las embajadas latinoamericanas suelo confundirme. Por cierto, no tiene usted cara de ser latinoamericano y habla un inglés perfecto. ¿Gaélico, acaso?

—Mira, Hamalaka, he venido a hacerte una pregunta.

—¿Preguntas? No me gusta que me hagan preguntas.

—Bueno, yo vengo recomendado.

—Sí, claro. —Le respondió sin mirarlo, como si dedicara toda su atención al roedor y no a su visitante.

—Quiero saber dónde está el suizo.

—¿Qué suizo?

—Vamos, Hamalaka, no te hagas el imbécil.

—Oiga, usted me confunde. Yo tengo una pensión de señoritas. Creí que lo que usted buscaba era información por si me quedaba una habitación para hospedar a alguna pariente de usted, de paso por Londres.

—Tu madre. —Gruñó acercándosele.

Cogiéndolo por la camisa, lo sacudió hacia atrás, pues se había vuelto. El aluminio de la jaula de «Constantino» se dobló y el hámster, asustado, comenzó a chillar. También lo hizo su propietario con sus casi ciento cincuenta kilos de peso.

—¡Cuidado, cuidado, se aplastará «Constantino»!

—Eres un cerdo, Hamalaka, sé a qué te dedicas. Sé que guardas un álbum de fotografías en tu caja fuerte. Chicas extranjeras para extranjeros que te recomiendan en las embajadas, chicas que no son rameruelas oficiales y, por tanto, no resultan peligrosas, pero a las que una amiga tuya ha enseñado exotismos orientales que encantan a los clientes.

—¡Yo no sé nada, nada! —chilló como un hámster más.

—¿Es que me vas a negar que en la caja fuerte tienes ese álbum para clientes y que luego recomiendas determinados hoteles?

—Si las chicas son *free-girls*, no es asunto mío. Fuera de mi pensión, que hagan lo que les dé la gana, aquí no. La policía lo sabe, pero tú no eres policía. ¿Qué quieres? ¡Te denunciaré!

—¿A quién, a la policía o a la organización a la que pagas tu canon para que te dejen tranquilo? ¿Acaso piensas que soy de los imbéciles que suponen que sólo hay organización en los Estados Unidos y en Italia?

—Si muere «Constantino», te matarán a ti.

—Está hecho un saco de grasa, un saco de grasa...

Le dio varios puñetazos en la boca del estómago, y cuando se apartó del turco, éste se vino al suelo con los ojos en blanco. Sin embargo, no se había desmayado, Kraw estaba seguro de ello.

Kraw miró la jaula del hámster. Aquel bicho le repugnaba, quizá porque estaba tan gordo como el turco.

—Voy a matar a tus ratones, uno por uno, y luego te toca a ti, Hamalaka.

—¡Socor...!

No pudo terminar el grito de llamada, pues encajó una patada en la boca que un par de horas más tarde le haría pensar que debía de visitar al dentista con urgencia.

—Si gritas, te mataré antes. Sólo tienes que decirme dónde está el suizo, qué sabes de él.

—¡No sé nada! —gimió en el suelo, mirando de reojo a su hámster dentro de la jaula aplastada.

Kraw abrió la jaula y el hámster salió corriendo. Saltó hacia la silla, pero torpe por obeso como su amo, se vino al suelo rodando. Emitió unos chillidos y luego, corrió a refugiarse en la monumental humanidad del turco.

—¡Se ha caído, se ha lastimado!

—Sí, es posible que mañana lo encuentres muerto. Cuando uno está tan gordo y se cae, revienta por dentro. ¿No lo sabías, Hamalaka?

—¿Quién eres?

—Quería que me hablaras, darte unas libras y asunto concluido, pero te pones pesado y te diré quién soy.

—Te odio. —Silabeó con su voz aflautada.

—Soy Panther.

—Panther...

Despacio, Kraw hundió su mano en la sobaquera y sacó la «Bronstein» apuntando con ella al turco.

—Nadie sabe nada del suizo, te lo juro —balbució.

—¿Quién busca al suizo?

—Todos, creo que todos.

—¿Los americanos?

—Sí.

—¿Los rusos?

—Sí.

—¿Los franceses?

—También.

—Parece que tus chicas se enteran de muchas cosas, Hamalaka.

—Panther, no me mates, no tienes por qué hacerlo.

Muchos sabían quién era Panther, y nadie sabía realmente quién era.

Panther era el nombre con el que un personaje se presentaba en el mundo del espionaje o el hampa internacional y ejecutaba con frialdad, sin temblarle la mano. No conocía amo ni se sabía a quién obedecía.

Algunos habían llegado a pensar que Panther no era un solo hombre sino una organización secreta. Todo era neblinoso respecto a Panther, más nadie quería tenerlo delante, apuntándole con un arma.

En dos ocasiones, habían surgido sendos Panther falsos tratando de presionar, robar o asesinar y, al poco, habían aparecido muertos en los cementerios. Eso sí, habían recibido sendas coronas con efusivas dedicatorias de Panther; la voz había corrido y a nadie le habían quedado ganas de suplantarle de nuevo.

—Mejor me dices qué país no se interesa por el suizo.

—No lo sé, son muchos, acaso los chinos. No lo sé, lo juro, pero no me mates.

—Tú sabes algo más, Hamalaka y me lo vas a decir. —Puso su pie sobre el hámster «Constantino» que comenzó a removerse, incapaz de escapar—. Primero él y luego, tú. Alguien se quedará con tu negocio de *free-girls* o ellas se sabrán espabilar por su cuenta y luego regresarán a sus países o se quedarán aquí diciendo que ya han aprendido inglés y que han conocido mundo, mucho cochino mundo.

—Dicen, dicen que ha sido una banda, una pandilla...

—¿Una pandilla, qué pandilla? Sé que el suizo vino a Inglaterra y no ha salido de aquí.

¿Dónde está?

—No es cosa de embajadas, te lo juro, todos los buscan. El suizo es una bomba ambulante y el primero que lo vea lo matará.

—Sí, lo imagino, y creo que tú sabes mucho del suizo.

—Sólo que es banquero. Hay muchos suizos que son banqueros, ¿no?

—Y también relojeros, Hamalaka, también relojeros.

—Yo sólo tengo Secretillos de embajada de escasa monta. Tú lo sabes y ellos también. Les importa poco, a veces los dan falsos y las chicas se creen que son auténticas

Mata-Hari.

Se divierten —se rió forzosamente mientras acariciaba la cabeza del hámster que seguía bajo la suela del zapato de Kraw.

—Está bien. ¿Tú quién opinas que puede saber algo?

—El Caracol, quizá sepa algo, pregúntale a él. ¿Tú sabes quién es el Caracol?

—Has salvado la vida de tu hámster, Hamalaka, por ahora —agregó tras una breve y significativa pausa—. Si me has mentido, vuelvo y moriréis los dos.

CAPÍTULO IV

Panther, ahora haciéndose pasar por Vincent Kraw y cuyo verdadero nombre nadie conocía, a excepción de él mismo, se hallaba en aquellos momentos a bordo de un «Austin» trucado, capaz de desarrollar treinta millas más de su velocidad tope y con un depósito adicional que doblaba la capacidad de carburante.

Sabía muy bien en qué casa de compraventa de coches podía adquirir un automóvil de aquellas características sin demasiadas preguntas y además le colocaban placas de matrícula a voluntad.

Esta forma de adquirir vehículos la conocía lo mismo en Londres que en París o Nueva York; en ocasiones, los coches eran escamoteados de los mismísimos almacenes portuarios tras una importación o exportación masiva de vehículos.

A Kraw le hacía falta un coche y ya lo tenía. Con él se detuvo en diversas cafeterías y visitó tres «Bingo-Halls», aquellos antros con luces verdes y rojas, parpadeantes y obsesivas, donde las amas de casa trataban de escapar a su tedio jugándose el dinero de sus maridos en aquella especie de ruleta, en espera de obtener un bonito premio en metálico con que dar un soplamocos al cónyuge, aunque casi siempre terminaban dándole una cena de lo más escéptica, pues primero los chelines y luego las libras, desaparecían en los «Bingo-Halls», que habían proliferado como llamas de una hoguera atrapando mariposas que solían quemarse.

Vincent Kraw sabía bien que Caracol era un tipo sucio, pero que vestía bien. Sus modales eran finos, parecía un perfecto *gentleman*, pero frecuentaba aquellos lugares porque a las amas de casa, que tenían los ojos encendidos de alegría tras ganar algún premio, solía venderles marihuana.

El último «Bingo-Hall», que visitó fue el de Tottenham Court Road, y tampoco encontró en él al Caracol, quizá era que debía de estar bajo de existencias.

Se conformaba con poca cantidad para revender y si se le acababa, se apartaba de los «Bingo-Hall» demasiado ruidosos.

No tenía aún ninguna pista importante, sólo sabía que el Caracol podía saber algo a su vez. De momento, el turco tenía conocimiento de que varias embajadas se preocupaban a través de sus elementos especiales y más preparados en buscar a Otto Hatler, el banquero suizo.

Lo buscaban como él y aquello se ponía francamente peligroso. Alguien podía creerse enemigo de alguien y «alguien», siempre redundando en la palabra, podía ser muerto sin tener merecimientos para ello. El huracán estaba desatado y el ojo del huracán se llamaba Otto Hatler.

Quizá el suizo fuera el único tranquilo en todo aquel asunto, o a lo peor ya estaba muerto dentro de un montón de chatarra quemada, sepultado bajo el bien cuidado césped de una aristocrática finca o con un pedazo de viga de acero atada al cuello y medio hundido en el lodo del fondo del Támesis.

Pero, fuera donde fuera, él debía de encontrarlo y tenía que ser antes que nadie. Era cuestión de vida o muerte y no para él sino para mucha gente.

No había cuartel para nadie, Vincent Kraw lo sabía por eso habían contratado sus servicios. Si había que jalar el gatillo de las automáticas, todos lo harían sin contemplaciones y preguntarían después.

Molesto, visitó un par de salas de billar y luego dejó aparcado el auto mientras comenzaba a oscurecer. Se había pasado el día buscando al Caracol. Tenía deseo de un baño. Hacía frío en la calle, pero él no lo sentía.

Al fin, empujó una puerta. Un conglomerado de ruidos electrónicos y metálicos llegó hasta él de tal forma que parecía que iban a probar la resistencia de sus tímpanos.

Allí, allí en medio, descubrió al Caracol.

Era como un acharolado y señorial escarabajo, bastante delgado por cierto, en medio de una masa cambiante de gusanos de los más vivos y a la vez sucios colores.

Evidentemente, el Caracol contrastaba en aquel ambiente con su traje negro de buen corte aunque algo brillante por el excesivo uso, el sombrero hongo y un paraguas colgado del brazo.

El Caracol era un sujeto ya viejo, pero rasurado pulcramente y de no tener aquellas grandes bolsas azul-rojizas bajo los ojos, hubiera podido decirse que tenía pupilas luciferinas.

Pero, el tipo ya estaba viejo y sus satisfacciones debían de ser mínimas: Ganar algún dinero, seguir viviendo y usar las manos y la imaginación de vez en cuando para obtener su placer.

Allí, a poca distancia de Panther, estaba dispuesto a estirar del mango de una de aquellas diabólicas máquinas del millón que alguien había inventado para que los que no tenían nada que hacer ni imaginación que emplear, mataran su tiempo.

Caracol tiró del brillante tirador.

De pronto, un grito, una fuerte sacudida. Muchos no se inmutaron. Alguien volvió la cabeza y se echó a reír, diciendo mientras el paraguas vibraba colgado en el brazo del viejo que no se despegaba de la máquina:

—¡Parece que él viejo ha sacado el millón!

Pero no, no había sacado un millón. La bola hizo saltar algunas luces. Luego, se produjo una ligera explosión y salió humo de la máquina.

Un plomo debió de fundirse, se cortó el circuito electrónico y el Caracol cayó hacia atrás recto como una vara, quedando boca arriba sin que ni tan sólo el sombrero se le cayera de la cabeza.

—¡El viejo se ha electrocutado! —gritaron algunos, excitados.

—¡La máquina ha hecho «pum», todavía saca humo!

Un empleado del salón gritó:

—¡No toque nada, habrá habido un falso contacto!

Vincent Kraw torció el gesto y sus cejas casi se juntaron.

Estaba seguro de que aquello no había sido una simple casualidad. No había casualidades en la muerte de los confidentes del mundo del hampa.

—¡Déjenme, soy socorrista! —gritó Kraw, volcándose sobre Caracol.

Kraw sabía que tenía poco, muy poco tiempo. Si se presentaba la policía, él no podía ir a la comisaría, resultaría demasiado embarazoso y peligroso. ¿Quién era Vincent Kraw? Ni él mismo lo sabía, sólo sabía que le habían dado un pasaporte con su foto y unas huellas falsas.

Quizá Vincent Kraw estuviera muerto en alguna parte, quizá no

hubiera existido jamás.

Él no tenía tiempo para averiguar ni para darle explicaciones a nadie.

Hizo el boca a boca a Caracol, encogiéndose sus tripas de asco, al tiempo que le hacía un masaje cardíaco. Bajo la fuerza de sus manos, escuchó un ruido algo seco, no muy tangible; sólo se había dado cuenta él.

«Le he roto una o dos costillas, pensó, pero si por lo menos recobra el conocimiento...»

Los voltios que habían endosado a aquel cuerpo viejo y reseco, quizá habían sido demasiados.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió la voz de un policía.

De reojo, Vincent Kraw vio sus pantalones y alguien dijo:

—Dice que es socorrista y le hace la respiración artificial. El viejo ha sufrido un *shock*, a lo mejor es que por primera vez en su vida ha conseguido el millón. Los hay con mala suerte.

El policía creyó oportuno no cortar la intervención de Kraw que parecía eficaz y fue corriendo a avisar a una ambulancia.

De pronto, casi estremecido, Kraw notó que aquel corazón muerto palpitaba de nuevo. Sin embargo, sabía que el cerebro forzosamente estaría lesionado; demasiado tiempo sin sangre.

Acercó su boca al oído de Caracol mientras seguía ayudando a aquel corazón que semejaba querer latir.

—Caracol, Caracol, ¿dónde está el suizo?

—El suizo. —Babeó ininteligiblemente. Sólo por estar pegado a él, Kraw se enteró de lo que dijo.

Alguien del corro que se había formado alrededor, exclamó:

—¡Mirad, el vejete vive, este tío es un artista!

—Reteng —dijo, y torció de nuevo la cabeza.

Kraw comprendió que ya no había nada que hacer y se levantó abriéndose paso.

—No hay nada que hacer, estaba demasiado viejo.

Escuchó la sirena de la ambulancia y aceleró el paso, mezclándose entre la gente mientras el buen *bobby*^[2], con su abultado casco, le buscaba, quizá simplemente para cumplir la formalidad de darle las gracias.

Llegó hasta su coche, lo abrió y se percató de que las sorpresas no habían terminado por aquel día.

—¡Geraldine!

Por un instante, miró a la joven a través de las lentillas verdosas que cambiaban el color gris azulado de sus ojos. En principio, no dijo nada. La chica sonreía.

CAPÍTULO V

Kraw se sentó frente al volante y arrancó, introduciéndose en el fárrago de la circulación londinense.

Geraldine estaba hermosa, era hermosa.

Seguía usando sus anchas gafas que le daban un aire intelectual que no mitigaba en absoluto la sensualidad de su cuerpo joven y bien ondulado, lo mismo de frente que de costado.

Vestía el jersey de lana virgen ajustado, aunque ahora las medias no eran negras sino de color carne con algunos dibujos que las hacían más excitantes.

—¿No me dices nada?

Kraw le lanzó una mirada a través del espejo retrovisor, ya que ella se había instalado cómodamente en el asiento posterior.

—Siempre he creído que los coches son como huevos que ponen las factorías como si se tratara de monstruosas y fecundas gallinas, pero hay una diferencia entre un huevo y un coche.

—¿Cuál?

—Pues, que las gallinas ponen el huevo con el pollito dentro y los automovilistas solemos entrar en los huevos una vez puestos. Mira por dónde ahora ya me he encontrado a la pollita dentro del coche. ¿Cómo ha ocurrido ese milagro?

—Eres muy sutil, quizá sarcástico o acaso cínico.

—Quédate con lo que prefieras, pero me gustaría saber cómo has aparecido dentro de mi coche.

—Me molesta que me digan en un cine que van a tomar un refresco y luego, si te he visto no me acuerdo.

—Estuvimos en el cine un rato juntos, matando el tiempo. No hubo nada más. ¿Acaso no te diste cuenta?

—Sí, eso me pareció. Claro está que me enfurruñé, pero me conformaba cuando de pronto mi curiosidad se excitó.

—¿Ah, sí, y cómo ocurrió tal milagro en una mujer? —preguntó

mordaz, pisando el freno y deteniéndose frente a un semáforo rojo.

—En la pensión del turco.

—No me digas que eres una de las chicas que se hospedan en ella.

—No, yo no, pero una compañera de estudios sí, y esta mañana he ido a visitarla.

—Tienes muchas amigas, ¿verdad?

—Algunas.

—¿Cómo se llama la del «ligue»?

—¿Cuál del «ligue»?

—La que comparte tu apartamento.

—Ah, ella... Creí que preguntabas por la de la pensión del turco. Parece que a ti no te agrada esa pensión, ¿me equivoco?

—El turco es un proxeneta y las chicas que se hospedan allí, unas golfillas sin carnet de prostituta. Luego, regresan a sus lares y a lo sumo cuentan que tuvieron una aventurilla *bed-love* y se callan muy mucho que el amor ha sido a buen precio, que el turco se lleva su comisión y que el tipo en cuestión no siempre ha sido de su agrado. Pero, claro, con un «petardo» previo ellas no se enteran un cuarto de lo que ocurre. ¿Sabes que algunas dejan al fin de ser estudiantes y terminan en furcias? Como Londres está saturado, los rufianes se las traspasan y ellas acaban aprendiendo idiomas en otros países, en los cuales no habían pensado jamás.

—Pareces muy interesado en ese mundo bajo y repugnante.

—Tengo los ojos abiertos.

—Unos ojos muy bonitos.

—Creo que eso debería de decírtelo yo a ti.

—Bueno, si me lo dices no me voy a enfadar.

—Mira, Geraldine, a mí el pelo me lo toma la afeitadora eléctrica porque no me gusta que un barbero pase la hoja de su navaja por la nuez de mi cuello. Los hay que estornudan en un momento muy inoportuno.

—Si tanto te molesto, para el coche en el próximo semáforo y me bajo.

—Tendría gracia. ¿Por qué largarte ahora si te has tomado la molestia de buscarme? —Eres muy suspicaz. ¿No sabes que las mujeres nos ponemos furiosas cuando un hombre nos abandona cuando nosotras precisamente...?

—¿Precisamente qué?

—¿Tienes un cigarrillo?

Abrió la guanterera, sacó un paquete y lo lanzó por encima de su hombro, cayendo sobre el regazo femenino. Luego, hizo otro tanto con la cajetilla de fósforos.

—Enciende uno para mí.

Ella hizo lo que le pedían. Kraw sabía que la chica había eludido varias respuestas, pero él no estaba dispuesto a someterla a un interrogatorio de tercer grado. Si le interesaba, ya llegaría el momento de hacerlo.

—¿Cómo has logrado dar conmigo?

—Te he seguido.

—¿No tienes clase hoy?

—Me aburría.

—Vaya, también para ti es una excusa lo del estudio. Voláis muy alto los estudiantes que no estudiáis nada. Viva la libertad. ¿Quién es el pagano?

—Beca.

—Lástima del dinero de los contribuyentes. Supongo que terminarás perdiéndola.

—Bah, una estudia los últimos días y si tiene buena memoria, sale adelante.

—Sí, ya y otro año más. Por cierto, ¿te han enseñado en el colegio a abrir puertas de coches cerrados?

—No, me enseñó un amigo. No creas, no era ladrón de coches, sólo se divertía paseándose. Luego, se terminaba la gasolina y cogía otro. Para él era excitante.

—¿Y ahora tiene un taller de coches robados?

—No, está en el cementerio. En una ocasión, no se desbloqueó bien un volante y la cosa falló. Lo malo es que venía un camión en dirección contraria.

—Por lo menos, sirvió para algo.

—¿El qué?

—Los estudiantes aprenden anatomía práctica con los cadáveres de los accidentados, ¿no lo sabías? Se los disputan.

—Qué asco. Creo que nunca hubiera podido ser médico.

—Sí, hay que tener aguante para eviscerar vientres. Después, alguien lo cose todo cómo un saco y los familiares no se enteran de

nada. Luego, esos estudiantes, con ganas de vomitar, se van a ver una película en la que el médico es el protagonista y salva a muchos niños de morir en una epidemia. Así tranquilizan sus conciencias.

—Eres un tipo extraño, muy extraño. ¿No te lo han dicho nunca?

—¡Ojo, cuidado! Cuando una chica en edad de acostarse acompañada le dice a un hombre que es un tipo extraño, es que comienza a enamorarse de él.

—¿Te molestaría que eso ocurriera o eres chapado a la antigua y crees que debe de ser el varón el primero en hincar la rodilla y declarar su amor rodeado de campanillas azules en algún umbrío balneario oliendo a huevos podridos?

—Me llamo Kraw. ¿Te lo había dicho?

—¿Inglés?

Jugaban a evadir las respuestas con habilidad, sin darle importancia.

—Si te pierdo, ¿dónde puedo encontrarte? —preguntó él...

—¿Si me pierdes?

—Sí, a lo peor me voy a tomar otro refresco como en el cine o simplemente a unos retretes, ¿sabes? Empiezas a caerme simpática.

—Hum, menos es nada. Los hay que se ponen muy furiosos cuando una gata se les echa encima y sus garras se les quedan prendidas en la ropa, sin forma de quitárselas de encima.

—Yo, a las gatitas las acaricio. Me gustan las pieles suaves.

—Aunque seas muy exigente, no creo que llegues a quejarte. Mi apartamento está en Collier Street, en el número sesenta y cuatro, quinto piso. No hay equivocación. Mi amiga ha pegado el adhesivo de un *drugstore* en la puerta.

Kraw pisó el freno y dijo:

—Aquí hay semáforo rojo.

—¿Debo darme por aludida?

—Estás sentada encima de una carga plástica con dispositivo de relojería y ya está funcionando. Sería una pena que se estropeara tu sedosa piel.

Ella se quedó con los ojos muy abiertos, sin parpadear siquiera.

—¿Bromeas?

—Levanta un poco el asiento y lo verás.

Geraldine lo hizo y, en efecto, descubrió una carga plástica con dispositivo electrónico.

Advirtió entonces su monótono y rítmico
tic-tac

y como si hubieran llenado el coche de ratones, abrió la portezuela y salió corriendo en el momento, que el semáforo cambiaba a verde y Vincent Kraw arrancaba a gran velocidad.

El propio viento se encargó de cerrar la portezuela, dejada abierta por la muchacha mientras algunos vehículos hacían sonar sus cláxones con irritación.

CAPÍTULO VI

Vincent Kraw abandonó la carretera y se introdujo en una pista forestal.

Detuvo el coche frente a una pendiente cuyo fondo estaba rocoso, sin arboleda. Unas yardas más lejos batían las olas del Canal de la Mancha.

Pasó al asiento posterior.

Allí seguía el monótono tic-tac, muy impresionante, pero que no estaba conectado realmente a la carga plástica. Era muy efectivo, solía causar mucha impresión, pero en aquel momento, Vincent Kraw lo conectó.

Cerró el coche y luego lo empujó por la pendiente, llevaba el tanque lleno de gasolina y el anexo también. Preparaba una fiesta que seguro iban a ver con claridad, mucha claridad, los barcos que cruzasen el Canal aquella noche, tanto si procedían del Atlántico o subían desde Southampton.

El coche fue dando tumbos.

Finalmente, chocó contra unas rocas, quedando encajado entre ellas.

Luego, el artefacto explotó. Vincent Kraw lo contempló pensativo, era como si a través de las llamas pudiera hallar la verdad de la desaparición del banquero suizo Otto Hatler.

La explosión fue horrisona y el carburante se extendió en un vasto radio de acción.

Aquello se convirtió en una gran hoguera. Del coche, al día siguiente sólo encontrarían un montón de hierros retorcidos, posiblemente algunos de ellos hasta fundidos. No quedaría huella que pudiera delatar nada. Aquel coche, apenas comprado, se había convertido en demasiado peligroso.

En apariencia, una simple estudiante había sido capaz de

encontrarlo y esconderse dentro de él. Ya no era seguro y Vincent Kraw, alias *Panther*, exigía seguridad. La seguridad y perfección de sus métodos era la razón de su supervivencia, es decir, su único y fiel seguro de vida.

Alguien había puesto en guardia a quienes habían asesinado a Caracol. Ese alguien, por el momento, sólo podía traducirse en dos nombres: Hamalaka y Geraldine.

Si había sido Geraldine que, por otra parte, había aparecido muy sorprendentemente en el lugar del crimen ya lo averiguaría, porque lo que estaba intuyendo era que ella le seguía a él como si el propio Kraw fuera quien terminase llevándola hasta Otto Hatler, si es que ése era el verdadero objetivo de la atractiva e intelectual Geraldine.

Por otra parte, estaba el turco. No era muy probable que aquel tipo astuto hubiera dado el chivatazo, aunque siempre cabía la posibilidad.

Si había sido así, ahora estaría vigilado y si él se le acercaba, el turco correría la misma suerte que Caracol, e iba a constituirse en todo un problema para los empleados de la funeraria con su enorme y monstruosa humanidad.

Por el momento, se reservaba el derecho de hacer una segunda visita al turco, pero había que dejar tiempo, un tiempo prudencial para que quienes habían eliminado a Caracol no pensarán que también sospechaba del turco.

Hizo *auto-stop* en la carretera y le recogieron dos mujeres, vestidas severamente con ropas gruesas y grises. A Kraw se le ocurrió suponer que aquellas dos graves féminas, que rebasaban la treintena, podían pertenecer a una agrupación piadosa o benéfica.

El coche era viejo, pero todavía tiraba, claro que cuando tomaba las curvas rechinaba como un ratón hambriento y atrapado en el cepo. Se preguntó si llegarían enteros a la City. Lo que le extrañó es que el auto se salió de la carretera, metiéndose en un bosquecillo.

Las mujeres detuvieron el vehículo.

Se apearon, abrieron la cajuela y sacaron una gran manta de cuadros que extendieron con cuidado y meticulosidad sobre la hierba. Después, se quedaron mirando a Kraw que estaba en pie junto al coche.

—Nosotras no somos lo que usted piensa, señor —le dijo una de ellas con la voz algo ronca.

La otra agregó:

—Somos hermanas.

La que primero había hablado, añadió:

—Y viudas.

De nuevo, habló la segunda.

—Nuestros maridos salían de un partido de fútbol y se mataron en el coche. Usted parece un hombre fuerte.

—Nos sentimos muy solas...

—No somos lo que cree, pero estamos muy desconsoladas.

—Pues, hay unos *sex-shops* muy... —dijo evasivo, dejando la terminación en el aire.

—Nos da repugnancia. Nosotros somos muy cuidadosas y limpias, no haríamos nunca nada que no estuviera bien.

—Es decir —agregó la otra, pues estaban muy coordinadas al hablar—, no piense mal de nosotras, pero claro, usted parece muy fuerte y si no es juntas...

—Comprendemos que al mismo tiempo...

Kraw tragó saliva.

—Bueno, yo ya he cenado hoy, pero si me hacen el favor —dijo respetuosamente, pues aquél era el aire que ellas habían adoptado.

—Nosotras somos muy discretas y usted nos parece un hombre sincero y honrado.

—Bien, pero ustedes comprenderán que un hombre tiene que elevarse, digamos volar. Aquí no hay ni una copa que tomar.

—Oh, llevamos una botella de *whisky* en la guantera. Es medicina y, nosotras no tomamos.

—Bien, supongo que servirá. Ustedes pueden ir poniéndose cómodas. Comprenderán que si no tienen gancho, quiero decir, atractivo, yo me quedo frío. Beberé algo de *whisky*, para entonarme y si les da vergüenza, pueden ponerse de espaldas.

—Muy bien, sabíamos que usted era un hombre comprensivo —dijo una de ellas.

Ambas se volvieron para comenzar a ponerse cómodas mientras algunas piezas de ropa caían sobre la manta.

Vincent Kraw tomó un trago de *whisky* y se escurrió hasta el asiento, frente al volante.

Rogó que aquel trasto se pusiera en marcha a la primera. Lamentaba que luego aquel par de viudas desconsoladas pensarán

mal, pero que muy mal de él.

Tuvo suerte y el coche arrancó. Pisó tan a fondo el pedal del acelerador en la primera marcha que, aunque hubiera habido delante una roca, habría trepado por ella.

Lo cierto era que poco después zumbaba por la carretera de regreso a Londres.

Lo último que recordaba haber visto en el bosquecillo era dos siluetas muy blancas, vueltas de espalda.

—Pobrecitas, hace mucho frío esta noche, seguro que se pasan una semana estornudando en la cama.

Como un extra a la penitencia que seguro iban a tener que pasar, estacionó el vetusto automóvil en un lugar prohibido. Seguramente, la grúa terminaría llevandoselo y cuando las viudas denunciaran su desaparición o robo, los policías, con una sonrisa, les responderían que podían ir a recogerlo al depósito municipal, previo pago de la multa correspondiente.

Vincent Kraw tomó un taxi y comenzó a pensar en lo que había dicho Caracol antes de morir.

Había pronunciado un nombre de forma apenas inteligible, que podía prestarse a error, pero esperaba no haberse equivocado. Si lo que Caracol había dicho en su agonía era cierto, en Reting tenía una pista, una pista que, por otra parte, podía ser sólo el resultado de la confusión mental de un cerebro sin riego sanguíneo.

CAPÍTULO VII

Pese a que la última palabra pronunciada por Caracol había sonado casi ininteligible, a Vincent Kraw se le había grabado aquel nombre que tanta gente conocía, en especial los adeptos a la música *underground*.

Reting que, por supuesto, no usaba su nombre real, era británico. Decían que llevaba una rara mezcla en su sangre, aunque quizá aquello no fuera cierto. Quedaba muy bien decir que era un poco hijo de varias naciones cuando, posiblemente, provendría de algún juego amoroso de alguna aldeana, perdida en la campiña inglesa, pues ni él mismo sabía quién era su padre.

Vincent Kraw había estado pensando en la relación que podía existir entre Caracol, Reting y el banquero suizo desaparecido.

Caracol vendía marihuana y había tenido diversiones tan estúpidas y alejadas de su estilo como las máquinas electrónicas que le habían costado la vida, pues a través de una de ellas lo habían quitado de la circulación.

Era cierto que Caracol vendía hierba, pero alguien tenía que proporcionársela y era obvio que debía frecuentar a los principales importadores como si se tratara de una rémora.

Si se merodeaba alrededor de los grupos de traficantes, se terminaba escuchando cosas, máxime cuando a uno se le consideraba tan insignificante que ni atención se le prestaba, y ésta era una de las bazas para obtener información de Caracol.

A Kraw no se le escapaba que en aquel negocio de la música *underground* había mucho de «camelo» comercial. A más publicidad, más público que acudía por esnobismo o simplemente a desahogar su espíritu pegando berridos.

Reting siempre le había parecido uno de esos vividores.

El sari bordado en plata, el collar de grandes aros de oro con símbolos cabalísticos, la espesa barba negra y el cabello que le

llegaba hasta los hombros, no eran suficiente enmascaramiento como para no poderle analizar tal cual era.

Reting, como los últimos ídolos de moda, viajaba siempre con sus músicos reclutados aquí y allá. En ocasiones, entre ellos mismos no se entendían por poseer idiomas distintos y tenían que hablar por señas.

Luego, estaba el equipo electrónico y demás material que empleaba para sus actuaciones. No era difícil esconder algo entre aquellas toneladas de material que debía de cruzar las fronteras con rapidez para llegar puntualmente a sus actuaciones.

El que un músico pasara drogas de los más distintos tipos, ya estaba resultando más que corriente. Tenían gran facilidad para ello. Frecuentes viajes y siempre prisa en ellos.

Por otra parte, los camiones tráiler llegaban por una frontera y ellos en avión. Si se descubría algo, Reting siempre podía alegar inocencia por desconocimiento, asegurando que alguien había aprovechado sus camiones para pasar contrabando.

Todo aquello era muy lógico, Kraw lo sabía y la policía también, aunque desafortunadamente no siempre era factible cazarles con las manos en la masa.

Por otra parte, tipos como Reting no solían ser más que hombres de paja, eso sí, con mucha publicidad y que daban a ganar mucha plata, pero eran movidos y no siempre como ellos deseaban.

Si en alguna ocasión se endiosaban demasiado, podían sufrir una inoportuna enfermedad o quizá un accidente fortuito y todo se había terminado. Si aún no habían alcanzado fama, suficiente, bastaba con cortar el suministro de la publicidad. El *boom* desaparecía y ya nadie se acordaba del artista.

Reting había llegado alto, muy alto. Se le cotizaba en todas partes y sus actuaciones eran requeridas en todo el mundo.

Quizá, al fin, hubiera que admitir que era bueno, pero para Vincent Kraw, el que tuviera calidad o no carecía de importancia.

Si Caracol había mencionado a Reting, había sido por algo y debía de averiguarlo.

Reting, con su grupo *underground*, se había permitido el lujo de contratar para sus seguidores melenudos ni más ni menos que el Royal Albert Hall.

Por supuesto, Vincent Kraw no estaba en contra de las barbas ni

de los pelos largos, pero sí le daban pena los que trataban de buscar una personalidad de la que carecían recurriendo a tales aditamentos.

Después de todo, aquello se había constituido ya en un uniforme más. ¿Qué más daba llevar ya un uniforme militar, con el cabello cortado a cepillo, o ir con melenas y barbudos? Igualarse a los demás era uniformarse, evidentemente.

Suponía que al terminar su actuación, Reting tendría un avispero de «fanés» a su alrededor y, por lo tanto, no iba a resultar el momento idóneo para mantener una conversación con él.

Por otra parte, él no respondía personalmente al teléfono, un secretario se ocupaba de ello, y la puerta de las dos *suites* personales que tenía contratadas en el hotel la abría un oriental experto en karate y kung-fu.

No, no era fácil acercarse a Reting e interrogarle metiéndole el susto en el cuerpo para que soltara la lengua y no precisamente para que contara temas *underground*.

Aquella noche, Reting no había escuchado en el Royal Albert Hall todos los aplausos y pataleos a que estaba acostumbrado.

Hubieron algunos abucheos, pero Reting saludó cómo solía hacerlo: con grandes inclinaciones de cabeza y chorreando sudor por todos sus poros frente a los focos de luces cambiantes que lo bombardeaban con sus fotones policromos.

Barney era el hombre del órgano y el arreglista de sus piezas. Lucía una monumental y rizada cabellera pelirroja que parecía llamear bajo los focos.

Reting siempre lo había conocido con aquel pelo, pero sabía que era teñido. En dos ocasiones había descubierto el frasco de tinta que Barney trataba de camuflar. Primero, utilizaba un decolorante muy fuerte que albinaba su cabello y luego se ponía el tinte rojo. Había que verlo moviendo su monumental cabellera roja al frente del órgano.

—Oye, chico, no has estado muy bien esta noche —le dijo Barney sin dejar de mascar un supuesto chiclet que alguien, por debajo mano, le iba proporcionando a cambio de sus buenas libras y con la envoltura de una marca comercial muy corriente.

—No me llames chico, llámame Reting, como todos —replicó

con cierta hostilidad el ídolo del grupo.

—Está bien, está bien, pero luego no digas que no te avisamos. El público no se ha ido muy contento y mañana habrá malas críticas.

—Soltad un poco de pasta y las críticas serán favorables como siempre.

—Eso mermará tus haberes, deberemos restarlo de tu parte, ¿no crees?

—Al diablo, Barney, que se ocupen de todo, yo me voy a descansar. He sudado demasiado y tengo la piel irritada. Cualquier día me deshidrato en el escenario y todo para que crean que me entrego de lleno a la canción.

—Antes de comenzar cada día, tomas demasiado.

—Cierra el pico, hay orejas en todas partes.

—No abuses, hay que tener medida, sino, cualquier día haces «poom» y caes en picado.

Un asiático, experto en luchas orientales, y un jamaicano que medía casi dos metros y tenía unos puños capaces de abrir puertas sin necesidad de utilizar llaves, le protegieron a derecha e izquierda mientras un alud de excitados seguidores que se habían colado por alguna parte, quizá ni siquiera habían asistido a la actuación, se lanzaban sobre él gritando para arrancarle algo de pelo.

Si alguien era lo suficientemente optimista como para pedirle un autógrafo, acababa mordiendo su bolígrafo, nunca se sabía por qué.

Aquella pseudo-claudicación era siempre el colofón del espectáculo. Él tenía que sonreír mientras algunos de los que se habían acercado demasiado recibían codazos mal intencionados, patadas y otros golpes sucios que luego atribuían al atropello general de la muchedumbre idolatrante, pero que se encargaban de asestar los hombres pagados por Reting.

Al fin, llegó un «Rolls-Royce».

Reting saludó sonriente tras el cristal a prueba de puñetazos y taconazos de zapatos femeninos y poco después, se alejaba, dejando a más de una chica tendida en el suelo, presa de un convulsivo ataque de nervios y no todas las jóvenes que sufrían los ataques histéricos cobraban por tenerlos; bastaba con que algunas comenzaran y otras acababan contagiándose.

A la salida del espectáculo, la gerencia del hotel siempre

solicitaba de la policía algo de protección para sus instalaciones.

Llegaba a presentarse un coche blindado con un cañón de agua para refrescar los ánimos de los más exaltados. De este modo, se aseguraba la integridad física y arquitectónica del hotel donde Reting asentaba sus reales.

El coche se introdujo en el *parking* subterráneo. Luego, subieron al piso donde se ubicaban las dos *suites*. Tenía otras para sus muchachos, pero nadie abría la boca para, decir en cuál de ellas se hospedaba.

Se metió en la *suite* y *suspiró*.

—¡Ya era hora, mierda de bastardos! —barbotó tirándose sobre la cama de espaldas, boca arriba.

El alto jamaicano, subcampeón olímpico de boxeo, opinó:

—Es peor que jugar un partido de *rugby* americano.

—Creo que cuando las fanes llegan en tropel, soltar un poco de gas no estaría mal —propuso el oriental que tenía un extraño acento.

—Oye, tú, ¿eres chino o vietnamita? Nunca acabo de metérmelo en la cabeza. —Gruñó Reting.

El oriental, de cráneo completamente rapado, puntualizó:

—Coreano.

—Ya, coreano. Todos los chinos sois iguales.

—No soy chino, soy coreano —repitió muy paciente, sin dejar de sonreír.

Para el oriental, lo mismo que para el jamaicano, Reting era muy poca cosa, demasiado fofo. Pero si en el escenario destilaba sudor a chorros, cuando hacía falta destilaba oro, verdadero oro.

Reting pagaba bien porque el dinero llegaba a sus manos con inusitada facilidad. De haberlo pensado un par de años antes, lo habría dejado atónito de asombro.

¿Por qué a unos les era tan fácil ganar dinero y a otros tan difícil? Reting tenía respuesta para aquella pregunta, pero se la calló, incluso para sí mismo.

—Me voy a dar un baño, lo necesito. Oye, chino, digo coreano, ¿qué gas emplearías para que no me arranquen los pelos y cualquier día otra cosa?

—Un gas letárgico e inodoro en forma de *spray*.

—No sería bueno, es anti comercial. —Rebatió el jamaicano—.

Siempre hay periodistas y si fotografiaran a los fanes adormilados o simplemente alicaídos, sería una mala publicidad.

—Es cierto, es cierto. Ah, sí me llama Barney o John.

J. Johnson al teléfono, pasadme la comunicación al supletorio de la bañera. ¿Entendido?

Sus dos guardianes asintieron mientras con las puertas siempre controladas se disponían a tomar unos canapés y a pasar unas cintas de video-tape en color con sus programas preferidos.

Reting siempre llevaba consigo un magnetoscopio con el que podía visionar desde filmes eróticos a partidos de *rugby* o sesiones de yoga.

Le gustaban las bañeras grandes, los frascos de sales enormes y que los chorros de agua caliente que caían al interior de las bañeras fueran ubérrimos para que éstas no tardaran en llenarse.

De improviso, algo inesperado y desagradable le rodeó el cuello. Algo fino, tenso y resistente como un pedazo de sedal para pescar peces espada...

Quiso gritar y no pudo. Se llevó las manos al cuello para librarse de él, pero aquel sedal se le había pegado a la piel con tanta fuerza que ni las uñas podían introducir entre la piel y lo que le estaba asfixiando al cortar el flujo de sangre por las carótidas.

Una nube roja inundó sus ojos.

Pensó que era su fin mientras la bañera seguía burbujeando y el chorro caía ubérrimo de agua caliente.

Su dos singulares guardaespaldas continuaban tan tranquilos, contemplando algo que les divertía en el video-tape a color, quizá algo *striptease con visos cómicos*.

CAPÍTULO VIII

—Soy Panther, ¿quieres morir?

La voz llegó hasta Reting como en una pesadilla. Sin embargo, llegó a comprenderla pese a que se daba cuenta de que faltaba riego sanguíneo en su cerebro.

Movió la cabeza negativamente dentro de lo que le era posible.

—Está bien, Reting, hablaremos, pero si das un grito, una sola voz y tengo que matar a alguien, tú serás el primero en ir al infierno y de nada te servirá la montaña de oro que llevas ganada.

Panther aflojó el sedal. Reting balbució:

—No me mate, le pagaré lo que quiera.

—De tu comportamiento depende tu vida. —Le quitó el sedal y le dio un empujón que lo envió contra la bañera.

Como se había quedado flojo, sin fuerzas, a Reting se le doblaron las corvas y fue a parar dentro de la bañera, sumergiéndose hasta la cabeza.

Panther había cerrado la puerta. Con la zurda se guardaba el sedal en el bolsillo, pero le estaba apuntando con la pistola automática «Bronstein», ahora provista de silenciador.

A Reting, aquello no le gustó nada. Si había oído comentar algo sobre cierto personaje al que apodaban Panther y que aparecía aquí y allá sin que nadie supiera adónde iba ni por qué, sólo era que resultaba demasiado peligroso para subestimarlos.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—No alces la voz —le previno Vincent Kraw, corriendo el pestillo de la puerta del cuarto de baño para no ser sorprendidos.

Reting, ya con más fuelle, miró hacia lo alto. Dedujo que el extraño personaje había penetrado por una angosta ventana de cristal; parecía increíble, pero debía de pegarse a las paredes como los lagartos.

Allí se veía un cabo de cuerda en el que no había reparado en un

principio y que debía de colgar desde la ventana de algún piso superior, posiblemente desde otro cuarto de aseo también cerrado con un pasador desde su parte interior.

—¿Qué quiere de mí?

—Si alzas de nuevo la voz para llamar la atención, vas a tragar mucho jabón. Si pones las cosas más feas, te administro un par de píldoras de plomo y a dormir bajo la espuma. Lo que sí te garantizo es que irás limpio a tu funeral.

—Yo no quiero morir —tartamudeó—. ¿Cuánto quiere por dejarme tranquilo?

—¿Crees que soy uno de esos tipos que buscan a un popular con dinero para amenazarle de muerte y así poderlo exprimir?

—¿Y qué otra cosa es, si no?

—Bueno, muchos que hacen ese trabajo suelen llevarse sorpresas porque resulta que algunas víctimas elegidas tienen más deudas que haberes, pese a lo que digan las revistas para amas de casa aburridas. Pero en tu caso, Reting, seguro que no sería una equivocación. Tú tienes bastante dinero, no puedes quejarte. Cuando tu fama decaiga, si no te has convertido en una piltrafa por los estimulantes que tomas, podrás comprarte una granja y criar vacas o conejos. Dicen que esto se estila mucho últimamente.

—¿Conejos?

—Sí, ahora es más fácil vender un conejo e incluso un perro que un libro. En fin, no estoy aquí para hacer filosofía barata contigo, Reting.

—¿Qué quiere?

La bañera se había llenado del todo, pero Kraw había impedido que Reting cerrara el grifo.

El exceso de agua se iría por el desagüe de emergencia para huéspedes olvidadizos, aunque la espuma estaba ya en lo alto de la bañera y casi sepultaba a Reting que, después de todo, no se sentía mal allí dentro.

Su piel se iba suavizando, aunque si permanecía demasiado rato, terminaría arrugándose como una tortuga. Sin embargo, lo que más temía era que el agua y la espuma se tiñeran de rojo con su propia sangre.

—Mira, Reting, no tengo mucho tiempo para desperdiciar contigo. Tus matones pueden sospechar algo y convertiríamos esto

en un matadero. Francamente, ya he cenado hoy y no deseo tener una mala digestión.

—¿Qué quiere de mí? —Casi le increpó Reting, aunque su postura dentro de la bañera no era precisamente de fuerza y menos cuando era Panther quién sostenía la automática «Bronstein» con silenciador mientras se hallaba sentado sobre la tapadera del sanitario, y a tan escasa distancia de él que aún con los ojos cerrados podía jalar el gatillo y volarle la cabeza.

—¿Sabes quién es Caracol?

—No —mintió Reting mientras trataba de grabar el rostro de Panther en su mente.

Lo que ignoraba era que iba a servirle de muy poco, pues Panther cambiaría de aspecto cuando le conviniera. Por eso no empleaba antifaces, pañuelos, jerséis altos ni pasamontañas, cosas que inmediatamente despertaban sospechas en los vigilantes.

—Ya lo creo que sí sabes quién es Caracol. No te va a servir de nada mentir. Anda, baja un poco la cabeza porque voy a disparar.

—¿Cómo? —exclamó con asombro ante aquella amenaza preñada de frialdad.

—Ya te lo he dicho, voy a disparar a ras de agua. Si no tienes la cabeza dentro de ella, vas a encontrarte con el plomo dentro de la sesera.

—¿Está loco? ¿Por qué, por qué quiere dispararme?

—Por mentirme. A la próxima ocasión, quizá ya no te dé una nueva oportunidad.

Puso la pistola baja y por los ojos de Panther, Reting creyó que iba a disparar.

Se sumergió bajo la espuma y allí estuvo hasta que no pudo más. Se escucharon unos gorgoteos y al final salió medio asfixiado, sacando espuma por la boca y mostrando la barba blanca a causa de la misma.

—Pareces haber envejecido, Reting —se sonrió Panther con frialdad.

—¿Ha disparado? —preguntó sin aire.

—Me ha dado pena estropear las baldosas, son de colorines.

—Es usted un hijo de...

Reting se convenció de que el puño zurdo de Panther era tan duro como un martillo neumático y tan preciso como el cincel de un

cortador de diamantes.

Chapoteó en el agua. Hasta ellos seguían llegando voces del video-tape que distraía a los matones y Reting, en un pensamiento fugaz, se dijo que a la próxima ocasión haría poner barrotes en todas las ventanas de las habitaciones y cuartos de baño que ocupara.

—Reting, depende de ti que comencemos a entendernos pronto.

Sangrándole el labio, Reting se dijo que al día siguiente podría alegar que su fracaso en la gala del Royal Albert Hall se debía al daño que tenía en el labio y encías. Todos se lo iban a creer y hasta un doctor de prestigio le apoyaría.

—¿Qué piensas, Reting, alguna puercada? Vamos, ¿has mandado tú asesinar a Caracol?

—¿Asesinar yo a Caracol? ¡No! —gritó como sintiendo más miedo aún—. ¡Yo no he matado a nadie, yo no mato a nadie!

—Mira, Reting, yo ya sé que tú pasas drogas, que te metes en muchos líos, que eres un payaso.

—¿Cómo?

—Sí, un payaso manejado por quienes hacen negocio contigo. Tú cuentas en las revistas que de lo que te pagan te queda muy poco y es cierto, la mayor parte se la quedan quienes te manejan, aunque de secretillo y con sonrisas de confidencia, vayas soltando luego en algunas fiestas de sociedad que sí ganas mucho y que lo que haces es engañar a los periodistas. ¿Sabes por qué te protegen, Reting?

—Parece que usted lo sabe todo.

—Oh, no, no lo creas. Sé que tú eres una vaca lechera para algún grupo, pero no lo sé todo, por eso estoy aquí.

—¡Yo no sé nada, nada, déjeme en paz! ¿Es de la Mafia?

—No, no soy de la Mafia, pero busco al suizo, como todos.

—¿Al suizo, de qué suizo hablas?

—¿Sabes que Caracol, antes de morir, lo último que dijo fue tu nombre?

—¿He de ponerme a llorar?

—No, claro. Hay infelices que la última palabra que pronuncian en su vida es una estupidez, y tú eres una estupidez.

—¡Me estoy cansando de aguantarle!

—Pues grita, vamos grita y te vas al infierno. Si eres bueno

seguirás remojándote, reblandeciéndote un poco la piel.

—¡Yo no sé nada, nada de lo que dice, ni de Caracol, ni del suizo! ¡Déjeme en paz! Cuando se es famoso, siempre se topa uno con locos, con maniáticos.

—Tú conoces al suizo, Reting, y estás asustado. Te están chantajeando, no puedes negarlo.

—¿Chantajando? Pero ¿qué se ha propuesto?

—Voy a contar hasta tres, Reting. Si no hablas, esta vez no te servirá ni el zambullirte. Estás algo gordo y la bala no hará ruido al entrar en tu cuerpo. Cuando se extrañen que estás mucho rato aquí dentro, te descubrirán muerto.

Reting se vio apuntado. Estaba con los ojos muy abiertos y tenía la barba y los pelos llenos de espuma.

Se preguntaba si la fama y el dinero habían valido la pena para llegar a aquel punto en que un desconocido, armado de una pistola automática y sentado sobre la tapadera de un water, le encañonara a él que se hallaba metido en una bañera.

—Dos y...

Se escucharon unos golpes en la puerta. Era el jamaicano.

—¡Eh, Reting!

—Contesta —le dijo Panther en voz baja, procurando que sus palabras quedaran ahogadas por el ruido del agua.

—¿Qué, qué pasa?

—Le llama John J. Johnson. Le pasamos comunicación al teléfono del lavabo.

—De acuerdo.

Fue Panther quien descolgó, acercándole el auricular con la zurda mientras se aproximaba mucho a él para escuchar mientras apoyaba la boca del cañón del silenciador en el cuerpo húmedo del cantante *underground*.

CAPÍTULO IX

—Reting, ¿eres tú?

—Sí, habla, soy yo.

—Paga —dijo secamente aquel individuo que decía llamarse John J. Johnson y que Kraw dedujo era un nombre falso.

Reting, preocupado, miró a Panther que seguía encañonándole.

—Pero, es mucho dinero.

—No importa, paga, yo te arreglaré las cuentas. Tú acepta condiciones, no puede haber escándalo. Hay mucho lío de por medio y podría costarnos la cabeza a los dos. ¿Entendido? —preguntó la voz grave que Panther dedujo pertenecía a un cincuentón.

—Sí, sí, pero ¿y si contrato a un detective particular, a alguien que termine con él?

—No podemos correr riesgos, yo prepararé el dinero. La policía ha de estar al margen absolutamente, si no quieres pasar el resto de tus días en una celda. No digas nada a nadie, pagamos y asunto concluido. ¿Entendido?

—Como tú digas.

Se escuchó el clic del teléfono al ser colgado al otro lado del hilo.

—¿Quién es John J. Johnson, papaíto, acaso?

—Es mi manager.

—Creí que tu manager se llamaba Peter Wells.

—Ése es sólo una pantalla que recibe toda la correspondencia.

—Ya, un chupatintas bien pagado.

—Más o menos.

—Y John J. Johnson es el que mueve los hilos de un muñeco llamado Reting.

—En este mundillo, tener un buen manager es fundamental.

—¿Y cuánto se queda él realmente? Porque él te lanzó, él se

gastó el dinero para tu promoción y seguro que te hizo firmar contratos para tenerte bien atado.

—Sí, gana mucho, pero yo vivo bien, ¿no? ¿Qué más da?

—Ese John J. Johnson es un financiero astuto. Saca dinero de tus galas, de tus discos, de tus películas, de tus *posters* y seguro que él también maneja ese tráfico ilegal de drogas que hacéis.

—Yo no sé nada de eso.

—Es posible. Tú cierras los ojos y dejas que entre todo ese material que se supone te pertenece camuflen la droga o lo que haga falta.

—Yo llego en avión a los lugares, no viajo en camión.

—Reteng, tú sabes que además de drogas hacéis otra clase de contrabando, que quizá sea ése el negocio más productivo de John J. Johnson.

—No le entiendo. De la droga suponía algo, muchos lo hacen.

—Sí, y cuando hay que cazar a alguien en la aduana, siempre se la carga algún electricista sin relevancia mientras vosotros, los grandes, los que os embolsáis toda la pasta, llegáis en avión al aeropuerto donde os esperan grandes cochazos de lujo. Mira, ahí fuera ya estarán pensando que te has dormido y yo quiero hacer un pacto contigo.

—¿Qué clase de pacto?

—Me interesa cazar al tipo que te hace chantaje, es decir, al que le hace chantaje a John J. Johnson, por lo de la fuga de divisas, ya sabes.

—No sé nada.

—Merecerías que te metiera una ración de gel dentro de la sesera para lavártela de toda la porquería que encierra, pero para no perder tiempo, pondremos las cosas claras. Tú entras en un país. En alguna parte, alguien te entrega unos paquetes que se camuflan en el instrumental que transportáis en varios trailers. Esos paquetes están repletos de divisas. Cada vez, esa fuga se produce en un país distinto, a ti no te importa cuál porque sólo te interesa llevarlos a Ginebra y allí se ingresan en Bancos en cuentas cifradas, cuentas que tú no conoces, pues él conocerlas podría costarte la vida. Pero, hay alguien que sí sabe las claves cifradas.

—¿Ah, sí, y quién es?

—Otto Hatler, el banquero. Tu amigo, tu papaíto Johnson, tiene

montada una agencia que ayuda a los que quieren llevar dinero clandestinamente a Suiza por si les ocurre algo en sus respectivos países. Por supuesto, Johnson sólo conoce a sus clientes, por eso te ordena que pagues. Tiene miedo. Prefiere perder unos millones y zanjar el asunto, pero el asunto es más complicado.

—¿Ah, sí, y por qué? —preguntó siempre hablando en voz baja y con el grifo del agua caliente abierto.

—Otto Hatler sabe más, mucho más nombres aparte de los clientes de tu papaíto Johnson y, si habla, se convierte en una mina de oro para quien lo ha secuestrado. Evidentemente, si no ha muerto ya, Otto Hatler tiene sus días contados. Se ha convertido en un hombre muy peligroso, sabe demasiado, demasiadas porquerías para haberse dejado atrapar y alguien pueda ir tirando de la manta poquito a poco para forrarse, no él, sino todo un palacio de oro macizo.

—Está bien, me chantajea, pero no sé quién es.

—¿Cuánto piden?

—Cinco millones de libras.

Panther lanzó un silbido de admiración.

—Pisan fuerte. Saben que la mina es una veta madre, ¿no?

—Yo no tengo ese dinero. Como no lo reúna Johnson, no sé quién va a pagar.

—No te preocupes, Johnson lo pedirá a los clientes de su agencia como un asunto de grave emergencia diciendo la verdad: Que el banquero Otto Hatler ha desaparecido y empiezan a chantajearle, bien el propio Otto Hatler o alguien que lo ha secuestrado.

—Eso supongo, pero no se puede hacer nada, Johnson quiere pagar.

—Claro, y tú haces siempre lo que te dice papaíto Johnson.

—Si Johnson paga y este asunto termina... En fin, yo deseo que acabe.

—No va a ser fácil, Reting. Hay un montón de espías y contraespías que buscan a Otto Hatler y me inclino a creer que todos quieren enviarlo a la tumba y con él mandarán a todos los que hayan tenido algún contacto con Otto Hatler, por pequeño que este haya sido. ¿Y sabes por qué, Reting?

—No, no lo sé.

—Porque el Banco Majoren de Ginebra, el Banco propiedad de Otto Hatler, se utiliza mucho para pagos internacionales, desde empresas de bebidas refrescantes yanquis a maquinaria pesada soviética, lo malo es que en estos pagos siempre hay unos apartados muy disimulados que son las fuentes donde chupan sus honorarios los espías de un lado y otro del Telón de Acero, espías simples, dobles o triples. Ya lo ves, Reting, te has metido en un avispero y ningún departamento secreto quiere que ciertos nombres y pagos salgan a la luz pública. Nadie desea ser chantajeado, nadie desea que florezcan listas de espías y parece que en esto se han puesto todos de acuerdo. Va a ser como un *fair-play* entre todos los grupos de espionaje y contraespionaje, porque para todos ellos, Otto Hatler se ha convertido en un enemigo común al que hay que eliminar, sirviendo también, de escarmiento para que nadie más tenga la misma ocurrencia.

—Dios mío, Dios mío, yo no creía que esto hubiera llegado tan lejos. —Se lamentó Reting pensativo.

De pronto, dio un manotazo y salpicó de espuma los ojos de Panther.

Éste, que podía haber disparado a quemarropa, no lo hizo. Quería a Reting vivo.

—¡Socorro! —gritó el cantante.

—Estupendo.

Panther se levantó y golpeó con la culata del arma la cabeza de Reting.

Éste desapareció bajo la espuma de jabón, pero Vincent Kraw jaló de la cadena e hizo saltar el tapón del desagüe de la bañera, cerrando el grifo.

Tal como esperaba, a la llamada de socorro acudieron el coreano y el jamaicano, llevándose la puerta por delante. Saltó el pasador e incluso los goznes y de haber estado cerca de la puerta, Kraw habría sido aplastado por la hoja de madera a impulsos de la tremenda embestida de los guardaespaldas.

—Bien, muy bien, pero si dais un solo paso más os quedáis sin patrón.

El coreano y el jamaicano miraron hacia la bañera.

Panther hundió su zurda sin dejar de encañonar a los matones y poco después, tirando de los largos pelos, sacó la cabeza de Reting.

—Todavía está vivo y así seguirá, si sois buenos chicos.

—¿Qué quiere? —preguntó el jamaicano mientras el coreano se mantenía tenso, presto a saltar al primer descuido que tuviera Panther.

—Ayudarlo. Le están haciendo chantaje y yo quiero ayudarlo, sólo eso, espero que se lo recuerden cuando despierte. He tenido que darle una «nana» en la cabeza para que no se pusiera histérico. Mañana se encontrará bien.

Soltó la cabeza de Reting y exigió:

—A un lado, no me gustaría tener que matar a nadie. Por otro lado, de nada os serviría provocar una bronca. Reting tiene miedo de que se presente la policía.

Los dos guardaespaldas se miraron entre sí confusos, sin saber qué hacer, pero el coreano se adelantó para volver a sacar la cabeza de Reting de debajo de la espuma, evitando que se ahogara.

—Vamos, tío Sam, atrás, no quiero problemas con vosotros.

El jamaicano retrocedió. Se percataba de que Panther no era un novato manejando una pistola o una situación difícil como aquélla. Pese a que el cuarto de aseo no era muy grande, Panther logró salir sin que se le echaran encima.

En ningún momento les dio la espalda. Llegaba cerca de la puerta cuando llamaron desde fuera.

—¿Quién puede ser? —preguntó Panther mientras el coreano trataba de reanimar a Reting.

—Puede ser Barney —respondió el jamaicano.

Barney es el pelirrojo, el organista y arreglista del grupo, ¿no?

—Sí.

Panther abrió la puerta y se encontró ante el pelirrojo. Le sonrió diciendo:

—Ah, eres tú, Barney. Vamos a la cafetería. Reting me ha dicho que hemos de hablar de un arreglo —dijo Panther, escondiendo la pistola junto a la pernera de su pantalón.

—¿Cómo, quién es usted?

—¡Barney, no le dejes escapar! —gritó el jamaicano, lanzándose entonces tras Panther.

Barney se llevó un cacahuete en forma de izquierdazo que lo envió al otro lado del corredor, empezando a ver un cielo aterciopelado, con muchas estrellas que sus ojos físicos no

alcanzaban a ver.

El poderoso negro de dos metros de altura se había lanzado tratando de agarrar a Panther, pero éste tiró del pomo de la puerta y tras rebasar el umbral, atrapó la mano del jamaicano entre la jamba y la puerta. Se escuchó un fuerte gruñido de dolor.

Panther corrió hacia la puerta del ascensor que estaba abierta.

Barney, medio recuperado, quiso atraparlo y se llevó un taconazo en el mentón que lo dejó fuera de combate, tendido en mitad del corredor.

Panther tuvo tiempo de introducirse en el ascensor, pero el jamaicano, como perro de presa, echó a correr escaleras abajo.

Panther cambió el sentido de la marcha del ascensor y se fue hacia la azotea. Allí ya tenía preparada una cuerda muy tensa que pasaba de la azotea del hotel al edificio que había al otro lado del callejón.

Se guardó la pistola, se colocó en la cuerda y comenzó a deslizarse cruzando el callejón a una altura de más de treinta metros.

El jamaicano, frustrado, había conseguido llegar a la azotea tras comprobar el cambio de sentido de la marcha del ascensor, pero ya era tarde.

Panther estaba en la azotea del otro edificio, lejos de su alcance. Le saludó amistosamente con la mano y después cortó la soga, dejando que cayera flácida a lo largo de la fachada del hotel.

CAPÍTULO X

—¿Explotó la bomba?

La voz había sonado suave pero sobresaltante al brotar de la oscuridad de la habitación que Vincent Kraw ocupaba en el Europa Hotel, y a la cual acababa de llegar.

Kraw se dispuso a accionar el interruptor de la luz. Era algo que no solía hacer con rapidez, como movimiento reflejo.

Siempre se daba a sí mismo un tiempo de oscuridad; iluminarse bruscamente no era sino cegarse y aquellos pocos segundos a oscuras siempre servían para constatar si había algún inoportuno, algo que no debía de estar y, por tanto, podía constituir un peligro.

En aquella ocasión, había olfateado un suave perfume a lavanda y limón y, aunque pareciera que fuera poseedor de un detector de infrarrojos, biológico de alta sensibilidad, había captado también un calor humano dentro de la salita de su *suite*.

Al fondo, en el sofá, unos ojos brillaron casi fosforescentes, pero no hizo falta que accionara el interruptor. La joven se encargó de tirar de la cadenita dorada de una lámpara de mesa.

—¡Geraldine, oh querida Geraldine! —exclamó ampulosamente—. Siempre es grato encontrar tu bellísima presencia en alguna parte. ¿Será en el lecho la próxima vez?

—Si no ha sido así, es porque...

—No sigas, todavía queda en mí algo de romanticismo.

—¿Puedo fumar? —preguntó ella.

—Naturalmente —replicó él cerrando la puerta.

—Lo digo porque la habitación no huele a tabaco y cuando no huele a tabaco es que quien la habita no fuma o quizá no desea hacerlo.

Él se acercó, sentándose a su lado. Aquella noche, ella vestía de forma más sugestiva. Su gabardina blanca había quedado tirada sobre una butaca con despreocupación.

—Podría ser que no deseas que olfateen la clase de tabaco que usas.

—Una buena y sutil opinión, pero ¿por qué crees que no quiero que detecten la marca de tabaco que fumo?

Ella encogió sus hombros desnudos, pues el vestido terminaba en una especie de collar de tela que le rodeaba la garganta, alzando el busto y apretándolo por su centro.

—Voy a tomar uno de tus cigarrillos.

Kraw lo cogió con las manos enguantadas. Geraldine la observó de reojo; cruzó las piernas y le mostró lo mejor de sus muslos que resultaban perfectos, pero él parecía un iceberg flotando en aguas heladas.

—¿Ha explotado la bomba?

—Sí, claro, una pena.

—¿Por el coche o es que te has descuidado a alguien dentro?

—No, no había nadie. Después he hecho *auto-stop* y he dejado a dos viudas hermanas en la carretera.

—¿Cómo dices, dos viudas hermanas?

Kraw le relató chistosamente lo ocurrido y a ella se le atragantó el humo al reír de forma incontenible.

—Mira por dónde, Geraldine, si no fueras una condenada espía estarías muy bien.

A ella se le heló la risa en la garganta y palideció intensamente. El hombre parecía indiferente, pero la joven comprendió que estaba tan seguro de sí que era imposible sorprenderle.

—Pero ¿qué burrada dices?

—¿Sabes por qué fumo con los guantes puestos? —Ella volvió a encogerse de hombros, más no engañó al hombre en absoluto.

—No sé, te habrás olvidado de quitártelos y eso es imperdonable cuando un hombre se encuentra con compañía femenina en su habitación.

—Mira, Geraldine, puedo quitarme los guantes con tranquilidad porque ya sé que tienes mis huellas dactilares y éstas han sido clasificadas en los departamentos de seguridad que tus superiores tendrán instalados en algún cochino sótano. Sí, ya sé que estará mi fotografía, mis huellas y un nombre, Vincent Kraw, hospedado en el hotel Europa, etcétera, etcétera.

—Kraw, no sé qué estás diciendo ni de qué hablas.

—Por cierto, ¿has colocado algún «chinche» por el cuarto? Te advierto que no voy a decir nada que pueda ser importante.

—No, no he puesto ningún «chinche».

—¿Me lo juras?

—Yo te...

—Vamos, cierra el piquito.

Kraw se levantó.

Se acercó a la lámpara que había junto al sofá, palpó su interior y sacó un pequeño artilugio de color brillante que podía confundirse con uno de los adornos del pie de la lámpara.

Lo miró y luego a la chica, que bajó la cabeza.

Acercó el «chinche» a sus labios y dijo:

—Lo que estás pensando, tu padre.

Luego, se alejó hacia la alcoba llevando el artefacto en la palma de su mano. Encontró otro detrás del dosel de la cama. Volvió a acercar los labios y añadió:

—Ahora, tu madre, que supongo fue una zorra.

Se dirigió al cuarto de aseo y metió los dos artilugios electrónicos, apropiados para escuchar a distancia, dentro del agua, para que se remojaran bien y quedaran inutilizados.

Despreocupado, regresó junto a Geraldine y se sentó a su lado en el sofá. Se descalzó los guantes y probó la suavidad de su piel.

—No te lo reprocho, Geraldine, es tu trabajo.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque llevo mucho tiempo correteando por estos mundos y tú pareces novata. El terreno en el que te has metido es muy resbaladizo. Por ahora, no te has involucrado en un negocio demasiado sucio, pero si sigues en él, te utilizarán, perderás tu dignidad y puede que más tarde te conviertas en una ejecutora. Terminarás amargándote, pensando que sólo eres una asesina.

—¿Me pides que abandone mi trabajo?

—¿Por qué no? Seguro que todavía no sabes demasiado.

—¿Y tú sí sabes demasiado?

—Por el momento, no me chupo el dedo. Te voy a decir algo, Geraldine. Yo acepto lo que creo justo, y lo que considero ilícito, aunque me lo pidan personas que merezcan mucha confianza, no lo hago.

—¿Cómo puedes negarte a aceptar órdenes?

—Muy sencillo, porque nadie, excepto yo mismo, sabe quién soy. En ocasiones han intentado tenderme trampas para identificarme los propios para quienes trabajo, pero no lo han conseguido y han terminado aceptándome como soy, así de simple.

—¿Un hombre obre, completamente libre?

—Eso es.

—Pero ya no lo eres. Tú has dicho que tenemos tu ficha completa, fotografía, huellas, etcétera.

—Todo eso es papel mojado, Geraldine, lo sé bien. Aunque no me gustaría que se lo dijeras a nadie. Estoy seguro de que no lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque eres una buena chica.

—¿Es un halago? —inquirió llevándose el cigarrillo a los labios con cierto aire indiferente que pretendía ser una defensa.

—Ha sido una cochinado que te mandaran tras de mí para que averiguaras lo que yo, a mi vez, voy averiguando. De haber sido un hombre, te habría quitado de en medio, pero ya ves, me di cuenta desde el principio de que eres una buena chica y te he dejado ganar algunos méritos delante de tus superiores.

—¿No estarás cargado de fanfarronerías?

—¿Tú crees? Vamos, Geraldine, fuiste demasiado simple al dejar caer el libro forrado con fino plástico para que yo lo recogiera y de esta forma llevarte mis huellas dactilares. —Ella enrojeció, sin poder evitarlo—. Son detalles que delatan a un novato, ya te he dicho que llevo demasiado tiempo en esto. Después, has aparecido cada vez en el lugar oportuno. Yo trato de preverlo todo, por lo menos lo que puedo.

—Y yo te sigo encontrando.

—Porque no trabajas sola. Tú estabas en el coche y alguien se hallaba cerca de mí en la casa de máquinas del «millón». Te dijeron que aquel tipo había muerto y te han ido pasando información para que aparecieras en el momento justo ante mí.

—Y si lo sabes, ¿qué piensas hacer, eliminarme? ¿Piensas emplear el método de la bañera, quizá arrojarme por una ventana? ¿Me estrangularás?

—No te pongas trágica. En estos casos, a las mujeres os da por tiraros por una ventana, echaros a llorar o desnudaros.

—¿Y tú qué prefieres que haga?

—Luego te respondo a eso. Primero te diré que no sólo tus amigos saben que tú trabajas para el partido y que de estudiante danesa becada, nada de nada. En estos momentos, Londres es un avispero de espías de las más diversas nacionalidades que buscan al mismo hombre.

—¿Al hombre que buscas tú?

—Exactamente. En esté complicado tablero, tú solo has sido una pieza más para buscar una probabilidad. Mientras los más avezados espías de tu partido buscan ansiosamente al hombre en cuestión, a ti a la intelectual y bella Geraldine, te han mandado seguir a un breve experto por si acaso él encuentra algo y así se ahorran tiempo, trabajo y dinero. Te utilizan en este tinglado como un «por si acaso».

—No me dejas en muy buen lugar.

—Te hablo con sinceridad. Yo busco a Otto Hatler como tú y muchos otros. Ese hombre es un peligro latente. Tiene una lista de personas que poseen fabulosas cuentas corrientes en un Banco de Ginebra. Naturalmente, esas cuentas corrientes, no todas, pero sí en su mayoría, proceden de dinero sucio y la publicación de esas listas constituye un gran riesgo para mucha gente, lo mismo personas de Oriente que de Occidente. En estos momentos, hay unos cuantos que están temblando como un enorme flan colocado sobre una bandeja transportada por una camarera novata que llama a la puerta de la alcoba de un galán cinematográfico.

—¿Y tú para quién trabajas, para los ingleses o para los americanos?

—¿Qué más da? Hay que encontrar a Otto Hatler. Ignoramos si él se ha convertido en un chantajista de altos vuelos o bien ha sido secuestrado por alguien que le ha tirado de la lengua. De todas formas, Otto Hatler ya es hombre muerto. El primero que le vea, disparará a matar. Hay que cerrarle la boca a cualquier precio y nadie querrá estar cerca de él cuando sea descubierto, porque también se le considerará peligroso. Cuántos hayan estado cerca de Otto Hatler están sentenciados a muerte de antemano por la posibilidad de retener en su mente algún nombre indiscreto, no importa que suene a ruso, americano, latinoamericano o africano. Los rasos utilizaban el Banco para pagar a sus agentes; los

yugoslavos lo mismo y los americanos de la CIA también, a través de las cuentas corrientes de una compañía de refrescos de cola. ¿Por qué crees, si no, que los Bancos suizos están tan protegidos? Los protegen los suizos y una serie de tipos en apariencia anodinos que vigilan e incluso fotografían a quienes entran en los Bancos que son como las embajadas de don dinero, y ya se sabe que don dinero mueve a mucha gente.

—¿Tienes alguna lista sobre el paradero de Otto Hatler?

—Chitón, no preguntes demasiado. En este trabajo, saber en exceso es muy peligroso. ¿Sabías que los espías son unos clientes muy asiduos de las farmacias?

—No.

—Pues sí, y suelen auto recetarse preparados para el hígado, los riñones, corazón, nervios, insomnio, estimulantes, pero más que nada anti diarreicos.

Ella se rió.

—¿Sabes que eres muy chistoso? No creí que los espías del gran mundo fueran como tú.

—¿Qué esperabas, encontrar una especie de Landrú que en cuanto te descubriera te llevara a la cocina cogida por los pelos, te degollara, te hiciera pedacitos, te metiera en bolsas de plástico para la basura, te guardara en el refrigerador y cada día, con el máximo sigilo y disimulo, silbando alguna canción contraria a la nación para la cual trabajaba, te fuera echando a los quemadores de basura para hacerte desaparecer totalmente?

—Bueno, no creí que acabaras contándome chistes.

—Mira, tomaremos unas copas y mientras te sugeriré cuál es la reacción de peligro que debes de elegir ante la desgracia de haber sido descubierta, ya sabes, lo de antes.

—No, no me lo digas, a ver si lo adivino —repuso ella sonriendo al tiempo que se levantaba del sofá, ondulando maravillosamente femenina.

CAPÍTULO XI

Reting había tomado unas copas de más. En su frente y boca aparecían las señales de aquel inoportuno visitante que había irrumpido en su cuarto de baño.

Estaba molesto y su manager, Peter Wells, se había encargado de visitar al empresario que lo había contratado y a los muchachos de la Prensa les había repartido unas fotografías hechas a toda prisa y en las que se mostraban los golpes recibidos por el ídolo Reting. Claro que allí se especificaba que había sido el exceso de apretujones con que sus admiradores le habían obsequiado, nada más lejos de la verdad.

El «Rolls Royce» lo conducía Barney. Junto a él viajaba el coreano y en el amplio asiento posterior iba Reting. A su lado, el jamaicano mostraba la muñeca vendada y una sensación de derrota en su rostro.

En su mente sólo bullía una idea: encontrar a Panther y darle algo bueno, claro que algo bueno para él podía traducirse en esas palizas que suelen darse en el cuadrilátero los novatos que buscan el éxito al precio que sea.

La cita era fuera de la ciudad. Rodaron por la autopista de Southampton y luego se desviaron hacia la derecha, saliendo a una carretera sin demasiada importancia. Luego, pasaron a otra vecinal y al fin se detuvieron frente a una verja.

Tocaron tres veces el claxon y la cancela se abrió. Barney pisó suavemente el acelerador y el coche rodó por el suelo de gravilla, rodeando un jardín Victoriano lleno de umbríos setos en aquel atardecer plomizo con fina lluvia.

Ya cerca de la mansión, descubrieron bastantes coches aparcados.

Barney miró a Reting y le dijo:

—Parece que hay fiesta grande, por todo lo alto.

—Sí, las noches son grandes, negras. No son coches de *snobs*, sino de peces gordos.

—Sí, fíjate, los hay de varios cuerpos diplomáticos.

Detuvieron el auto frente al zaguán grande y redondo, sostenido por cuatro columnas que podían ser marmóreas.

Un hombre de unos dos metros de altura, gorra de plato y botones dorados, les abrió la puerta. Luego, se acercó otro individuo más pequeño.

El coreano se percató del bulto que aquel sujeto llevaba en la sobaquera. Seguro que iba armado.

Abrieron la portezuela desde el exterior y ellos se apearon. Dejaron las llaves en el contacto y sin mediar palabra, el hombre pequeño armado se llevó el «Rolls Royce» al aparcamiento mientras el tipo de los dos metros les franqueaba la puerta y les hacía pasar al salón de la mansión.

Allí había fiesta. No era carnaval, pero la gente usaba antifaces.

Para saber la cantidad de dinero que tenían aquellos tipos que peonzaban de un lado a otro, bastaría con medir el perímetro de sus abultadas barrigas. Las chicas, por contra, eran jóvenes, no lucían antifaz e iban muy ligeras de ropa.

—¡Reteng, si está aquí Reteng! —gritó una de las muchachas.

Reteng la conocía. Era una trigueña alta y muy atractiva. Había sido Miss Mundo o algo por el estilo. Luego, había rodado algunas películas eróticas y después, participaba en aquellas fiestas contratada para divertir a los políticos y financieros que acudían como invitados a lugares como aquél, al margen del protocolo habitual.

Allí había varias *starletts*, go-gos, modelos fotográficas en su momento «in», en fin, lo que se podía ver impreso en revistas eróticas allí estaba al natural.

Todas buscaban una oportunidad al precio que fuera. Las muy infelices no se percataban de que cada vez caían más bajo y que ninguno de aquellos tipos gordos, cargados de dinero, iban a casarse con ellas, ni siquiera a comprometerse en exceso, pues todos tenían compromisos e incluso esposas a las cuales dar un beso matinal.

Un grupo musical, también con brillantes antifaces, interpretaba

diversas piezas.

Alguien pidió:

—¡Qué cante Reting, que cante Reting!

—No, por favor, tengo problemas en la boca.

—¿Qué te muerden en ella? —le preguntó alguien.

Reting hubiera deseado dejarse llevar por los brazos de una de aquellas chicas, en especial la trigueña que le gustaba un poco más que las otras, quizá porque tenía la manía de hacerle cosquillas en los pies con los dedos de sus propios pies. Resultaba algo absurdo, pero a Reting le divertía.

Los hombres siguieron bebiendo. Cada cual tenía en su bolsillo una llave con un número correspondiente a una habitación de la amplia casa, una habitación muy barroca y discreta a la vez, de la que podían marchar luego tranquilamente. Salían al zaguán, pedían sus coches y regresaban a Londres sin otros problemas que cansancio y un exceso de alcohol en la sangre.

Reting se preguntó quién sería el cerdo que tendría la llave de la habitación en la que terminaría la *Miss Mundo* trigueña.

Se bebió un vodka de un solo trago y Barney le empujó hacia un lado, quitándolo del centro de aquella fiesta que era difícil saber en nombre de qué se celebraba.

Sólo se sabía que tras los antifaces había gente importante y, paradójicamente, rivales en el mundo de la política y las finanzas internacionales.

Incluso, aquellos odiados rivales, agazapados tras sus antifaces, trataban de hacer sus negocios entre copa y copa; luego, ya llegarían a los despachos a través de otros conductos.

Entraron en la biblioteca, sumida en penumbra. Sobre la mesa había una chica tendida y reía. Barney, que no estaba tan atontado como Reting, dijo:

—Vamos a otro lugar, aquí molestamos.

Cuando entraron en el despacho, cuyos ventanales tenían las cortinas corridas y sólo tenía una pequeña luz por toda iluminación, descubrieron a un hombre de abundante cabello blanco, lacio y muy estirado hacia atrás.

—Adelante, Reting. Barney, cierra la puerta y pon el pasador. No quiero que nos molesten.

Ambos conocían muy bien aquella voz. Obedecieron y se

acercaron a la mesa, sentándose en sendos butacones que había frente a ella.

—¿Qué fiesta es ésta? Creí que estaríamos solos —dijo Reting.

—Yo sé lo que hago, en cambio tú no pareces saberlo muy bien.

—¿Qué es lo que no hago bien, acaso no salen bien sus negocios?

—Sí, salen bien, pero ahora acabamos de recibir una puñalada tremenda.

—¿El chantajista? —preguntó Barney, el pelirrojo.

—Cualquier día me veo en la cárcel: Tráfico de drogas y fuga de divisas de todos los países. Me utiliza como a un muñeco, Johnson.

—No te pongas idiota, Reting, que no tienes inteligencia ni para ser idiota. Esa frase de ser un muñeco no es tuya.

Reting se mordió los labios. Aquello era cierto. La frase respecto a él era de aquel endemoniado sujeto que le había hecho pasar el peor rato de su vida.

—Tengo ya bastante dinero, y quisiera comenzar una vida por mi cuenta.

—No digas tonterías, Reting, tú no eres nada si yo no te muevo. La gente se fija en ti, te he hecho famoso y has ganado popularidad y dinero, y ese trasiego tan grande de dinero que se te supone, es lo que yo utiliza para mis negocios digamos de tipo secundario.

—Son esos cerdos que están ahí afuera disfrutando los que evaden los capitales que roban en sus respectivos países. Me gustaría que sus policías los descubrieran y los metieran en «chirona».

—No bufes, que también cobras tú parte.

—¿Mi parte? Sólo recibo lo que me corresponde por los contratos. De lo que se transporta en los camiones, no me entero de nada.

—Y yo tampoco —agregó Barney.

—No seáis imbéciles. ¿Por qué creéis que os pagan tanto en los contratos? Muchas veces, la entrada a los locales no cubre el contrato que os pagan. Sois un buen vehículo para transportar cosas. Vais de una parte a otra sin llamar la atención, llamándole escandalosamente como paradoja. La policía suele husmear en lo torvo, lo que se esconde. En cambio, vosotros, ¿quién va a pensar mal de vosotros? Además, en ocasiones, alguna aduana ha hecho la

vista gorda porque ha recibido un telefonazo oportuno.

—Bueno, bueno, no discutamos —pidió Reting—. Estoy de mal humor.

—¿Qué ha pasado en el hotel?

Reting miró a Barney; éste negó con la cabeza.

—No seáis idiotas, yo me entero de todo. —Gruñó Johnson—. ¿Quién te ha puesto la cara que llevas, Reting?

El cantante *underground* vaciló unos momentos.

—No seas imbécil. Estamos en un momento difícil, vamos a pagar a los chantajistas una fuerte cantidad y como comprenderás, no estamos para bromas. Hay cinco millones de libras de por medio y eso es una cantidad para volver loco a cualquiera. He tenido que emborrachar a todos esos cerdos que tú has visto en el salón y ponerles muñecas para que se entretengan, porque llevan encima un mal humor de perros.

—¿Ellos pagan el chantaje? —preguntó Barney, el pelirrojo.

—Sí —asintió John J. Johnson, un tipo que hacía años había sido expulsado del club de los Diamantes de Londres y luego había formado su propio negocio de tráfico internacional gracias a sus contagios de gran altura, especialmente entre las gentes menos escrupulosas.

—Bueno, el que me ha pegado ha sido un tipo que decía llamarse Panther.

—¿Panther, estás seguro?

—Sí, eso es lo que él ha dicho.

—Era de suponer que él anduviera también en este negocio.

Barney preguntó:

—¿Puede ser el propio chantajista?

—No, Panther irá también tras el chantajista. Posiblemente, nosotros no somos los únicos chantajeados. El Banco de Otto Hatler tenía muchos clientes anónimos y de eso saben mucho los Gobiernos que deben de pagar a sus espías.

—¿Acaso temen que Otto Hatler de una larga lista de espías? —preguntó Barney.

—Seguramente. Panther es un tipo peligroso y cuando él anda de por medio, siempre termina alguien en el cementerio con una corona que lleva su dedicatoria, pero es una suerte no tenerlo en contra sino en cierto modo a favor. Panther busca al chantajista

como nosotros, claro que nosotros queremos pagarle y que nos deje en paz, es decir, que suelte a Otto Hatler y se olvide de las listas. En cambio, Panther y otros espías, imagino que del otro lado del Telón de Acero, lo buscan para liquidarlo. Los Bancos suizos no distinguen de razones políticas, sólo quieren almacenar oro y divisas.

—Nosotros tampoco distinguimos clientes en nuestro negocio —dijo Reting con sorna.

—Nosotros, no —corrigió Johnson—. Es mi negocio, no lo olvides, mi negocio.

—Está bien, —aceptó Reting.

Se sabía en manos de aquel hombre que le había hecho firmar un montón de contratos que lo tenían bien sujeto comercialmente.

—¿Te ha preguntado algo en especial?

—Al parecer, sabía que me chantajeaban.

—Astuto, muy astuto ese Panther. No sé cómo se ha enterado.

—Por Caracol.

—¿Caracol?

Barney aclaró:

—Sí, un tipo que vendía «hierba», dicen que era un confidente. Se dedicaba a vender marihuana a las amas de casa aburridas que acuden a los «Bingo-Halls».

—¿Y qué sabía Caracol de lo nuestro? —preguntó John J. Johnson frunciendo el ceño.

Tanto Reting como Barney se encogieron de hombros. El pelirrojo arreglista, dijo:

—Parece que ya lo sabía, porque Panther no sacó nada de Reting. El tipo es listo y muy arriesgado. Le hizo pasar un mal rato a Reting.

—No es necesario ser muy listo para hacer sufrir a Reting, es un cobardón.

—¡Ya estoy harto! —gritó Reting, poniéndose en pie colérico.

—Cállate y siéntate otra vez, ya te levantarás cuando yo lo diga. ¿Lo has entendido?

La mirada dura y fría de Johnson, aquel hombre sin escrúpulos que hasta había utilizado cadáveres humanos para sacar de contrabando diamantes de Sudáfrica, le daba miedo.

Estaba seguro de que el día que dejara de serle útil, le mataría, sí, le mataría y luego montaría otro ídolo. El negocio era suyo, ya lo

había especificado bien y Reting se sentó.

—Está algo nervioso, ha bebido de más —le excusó Barney.

—Pues que no beba. La entrega del oro la haréis vosotros dos, ¿entendido? Yo no he de aparecer para nada en este asunto.

—Sí —aceptaron los dos pseudo artistas al unísono.

—Lo haréis todo meticulosamente, tal como yo os lo indicaré. No quiero escándalos ni que intervenga la policía. Quiero seguridades por parte del chantajista y a Otto Hatler, ¿comprendido?

—Sí. —Asintieron de nuevo.

—Bien, luego os daré detalles. Ahora, venid conmigo. Tengo que enseñaros algo muy importante.

Ambos se dirigieron hacia la puerta, pero Johnson les corrigió:

—No, por ahí no. Estas mansiones antiguas tienen ciertas cosas bastante divertidas.

CAPÍTULO XII

John J. Johnson tomó una linterna y se introdujo por el hueco que se abría a la repisa de la gran chimenea. Luego, la puerta falsa se cerró tras ellos y anduvieron por un túnel angosto, tan angosto que Barney, avanzaba tanteando las húmedas paredes, puesto que no veía la luz de la linterna con que se abría paso John J. Johnson, pues quedaba oculta por los cuerpos del propio Johnson y de Reting que le seguía.

Reting notó que en algunos lados se abrían otros compartimentos falsos. Hallando unos extraños ecos su voz, preguntó:

—Estas puertas falsas dan a las habitaciones, ¿verdad?

—Sí, supongo que el propietario de esta mansión tenía así acceso a las habitaciones de todas sus huéspedes más bellas sin que nadie se enterase por más vigilancia que pusieran en las puertas de éstas —explicó Johnson con sorna.

Descendieron por una escalera de caracol y se introdujeron por otro túnel más húmedo todavía. El suelo era de tierra y esta vez, al final, empujaron una compuerta que estaba tras un banco de trabajo para mecánica de coches y que otra fuera un pesebre para caballos en los grandes y bien contruidos establos da la mansión.

—Por aquí huían cuando había mucho peligro o entraban, si no querían que nadie les viera.

—Muy bien, ¿vamos a huir nosotros también? —preguntó Barney.

—No, aquí está la furgoneta.

—Sí, ya veo, una furgoneta «Volkswagen» vulgar y corriente —opinó Reting.

—Te equivocas, Reting. La carrocería está soldada sobre un furgón blindado especial, aunque su apariencia sea la de una «Volkswagen» normal, de las que se utilizan para reparto en toda

Europa. Incluso, las ruedas, que aparentemente son normales, están macizadas y a prueba de balas. Sólo con un bazoka o granadas antitanque podrían detener este furgón y apuntando siempre al depósito del carburante, al agujero de la ventilación general o del motor, porque los proyectiles corrientes no traspasarían el blindaje de acero recubierto con plástico antibalas con que está acolchada la plancha por su parte interna. Las ventanillas, protegidas con cristales antibalas, tienen además unas persianas de acero que se bajan automáticamente en caso de peligro.

—¿Y para qué tanta precaución? —preguntó Barney.

John J. Johnson sacó de su bolsillo un juego de llaves y las mostró.

—Son especiales, aquí no valen las ganzúas. Estas llaves dejan pasar una cantidad determinada de corriente, ni más ni menos. Sólo cuando el circuito interno de fluido eléctrico es perfecto puede funcionar la llave y abrirse las puertas, ponerse en marcha el motor y desbloquear el volante. De lo contrario, funciona la alarma, es decir, las luces potentes con intermitencia, el claxon y una gran provisión de espeso gas lacrimógeno que hace huir a todos los que quieran acercarse y a la vez produce una alerta muy visible a gran distancia. La verdad es que hay que manipular este especialísimo furgón con el máximo de cuidado. Los construyen unos técnicos checos exiliados que tienen su negocio de blindados y alarmas. Hay que pagarles bien porque cada blindado que entregan, sea caja de caudales o furgón, es una verdadera obra de arte, única en su género y que nadie más que el comprador puede conocer, pues como he dicho antes, es única en su género.

Johnson se dirigió a la parte posterior del furgón y abrió la doble puerta con sumo cuidado, utilizando una de las llaves.

Al abrirse la portezuela, resultó que ésta tenía un espesor impresionante y que los cristales que allí había no dejaban ver su interior real, sino un falso interior fotográfico y pegado a los cristales como si se tratara de un vulgar trucaje cinematográfico.

Dentro del furgón se había encendido una luz automáticamente.

Quedó iluminado un asiento para dos personas y luego, el contenido, que hizo abrir los ojos de asombro a Reting y a Barney. Ambos silbaron.

—¡Si hay oro en lingotes!

—Sí, oro, plata y billetes de diferentes divisas. He reunido el equivalente a cinco millones de libras esterlinas en lo que he podido. Los «cerdos», como tú los llamas, Reting, lo han traído todo en sus coches y ahora olvidan su mal humor entreteniéndose con las chicas, pero aquí está todo el dinero que hay que pagar por el chantaje, para que la lista de sus nombres y cuentas no se divulgue. Por supuesto, el Banco Majore de Ginebra ya está cambiando todas las claves para que nadie pueda averiguar nada, es decir, el futuro seguirá oculto respecto a las cuentas corrientes, pero hay que evitar que el pasado, casi presente, sea puesto al descubierto y aparezcan en la Prensa internacional esas listas de cuentas corrientes clandestinas que se convertirían en una verdadera vomitera para muchos altos personajes de bastantes países. Un «destape» económico de esta categoría podría llegar a provocar incluso golpes de Estado en Gobiernos que ahora están algo tambaleantes, pero que confían afianzarse en el futuro. Pero, dejémonos de especulaciones, tengo un plan.

—¿Para cazar al chantajista? —preguntó Barney.

—No, ni la policía se ha de enterar de esto, sólo quiero a Otto Hatler. Eliminándolo a él, ya nadie podrá confirmar nada respecto a las listas de cuentas corrientes y como ya las están cambiando todas, permanecerán ignoradas. Los Bancos suizos son muy eficientes. Incluso, harán transferencias de unos a otros. En realidad, están regidos por los mismos consejos de administración.

—Ya —asintió Reting— los mismos perros con distintos collares.

—Exacto. A cambio de todo lo que hay aquí, hay que obtener a Otto Hatler. Tú, Barney, te encargarás de recogerlo y tú, Reting, con tus guardaespaldas, pagarás en el lugar que te indiquen. ¿Comprendido?

Ambos asintieron con la cabeza mientras les era difícil apartar sus ojos de aquella fortuna que había dentro del furgón, en apariencia muy vulgar, pero que si rodaba por un camino de tierra podría apreciarse que no era nada vulgar por la profundidad de los surcos que dejaba, debido a su excesivo peso.

CAPÍTULO XIII

Vincent Kraw, algo molesto, se dijo que había sido una sucia jugada por su parte narcotizar a Geraldine después de tener aquélla extensa charla con ella.

La muchacha, ante la especie de confesión por parte del hombre, se había confiado, quizá en exceso, y eso jamás debía de hacerlo alguien que perteneciera al mundo del espionaje, fuera su papel de peón o de reina en el complicado tablero, es decir, siendo movido a placer o moviendo a los demás maquiavélicamente.

El líquido, fácilmente soluble, inodoro e insípido, había pasado a la copa de Geraldine. Ésta no había notado nada y luego, Vincent sólo había tenido que arroparla en la cama para que descansara unas cuantas horas. No iría nada mal a su tensión nerviosa.

Por su parte, él, si en alguna ocasión deseaba amar a Geraldine, deseaba que no estuvieran mezclados en absoluto los compromisos del mundo del espionaje.

Se preguntó si se estaba volviendo imbécil. ¿Desde cuándo tenía tantas consideraciones con una fémina del difícil mundo del espionaje?

Ignoraba los rostros de muchas mujeres que había amado y ellas, por supuesto, desconocían el suyo, por lo menos el suyo verdadero. Luego, otros cielos, otras lenguas y otros peligros. Pero Geraldine le parecía diferente. Era como una escolar, como una estudiante ingenua y le dolía hacerle una jugarreta, tomarla como una más y luego abandonarla en cualquier parte, en cualquier habitación a la que él no regresaría jamás, y, por otra parte, con la sensación de haber fracasado en la misión que le habían encomendado, es decir: seguir a Panther, no perderle de vista, ganar su confianza y controlar sus pasos uno a uno por si se enteraba del paradero de Otto Hatler.

Asimismo, tener fichado a Panther en persona no era nada

despreciable, pero todo le salía mal a Geraldine. Ella era una chica para visitar una catedral, un museo, para opinar de arte y para amar. Incluso, hasta resultaría buena como esposa...

De pronto, al pensar esto, los cabellos teñidos de Vincent Kraw casi se le erizaron de terror. Había pronunciado la palabra «esposa».

Hundió el pie en el acelerador de su nuevo coche, también de procedencia ignorada.

Pasó peligro y chirriaron los frenos, estando a punto de arrollar a un caniche gigante de color negro, muy rizado él y con un enorme collar.

El animal primero dio un brinco y luego le miró a través del cristal del parabrisas, pareciendo decirle: «Si me llegas a pisar, la que te espera. ¿Es que no sabes cómo funciona aquí la sociedad protectora de especímenes como yo?».

Kraw suspiró, ya había borrado la horrible palabra de su mente.

El caniche, ordenadamente, como un buen perro británico, había cruzado la calle entre las dos líneas amarillas y él prosiguió rondando por la City que se iba cubriendo de nubes bajas.

Llovería, sí, estaba seguro de que llovería y eso estorbaría los planes de muchas parejas que llevaban su manta en el coche y haría ganar unas cuantas libras a tipos con pocos escrúpulos alquilando habitaciones. También las salas de espectáculos resultarían beneficiadas.

El frío se había incrementado de pronto, parecía venir del mar de Irlanda. Alguien, cerca de él, había comentado que a lo peor no tardaría en nevar.

Con un carnet falso de periodista y un generosísimo billete de curso legal inglés, Kraw había conseguido que el conserje del hotel le telefonara al hotel Europa, advirtiéndole discretamente que el señor Rating abandonaba su hotel.

Luego, un taxista, también pagado espléndidamente y que había pensado que había hallado su mirlo blanco permaneció estacionado cerca del hotel todo el tiempo.

Su misión era simple: Cuando apareciera el «Rolls Royce» del señor Reting, debía de seguirlo discretamente y luego telefonar al hotel Europa para indicar a Kraw en qué lugar se había quedado el cantante.

Al taxista también le había mostrado el carnet de periodista,

ahora americano, prometiendo hacer una referencia a su nombre si le salía bien el reportaje al gran ídolo de la canción *underground*.

Para hacerle tragar el cebo, Kraw le había preguntado con mucha seriedad hasta en dónde había nacido y si tenía algún parentesco con Reting.

Era divertido observar cómo la gente se esponjaba cuando se le suponía un remoto parentesco con alguien famoso, conocido y rico. El taxista había sonreído, había dicho «no» y luego había añadido:

—Quién sabe, quién sabe. Después de todo, en este condenado mundo todos somos unos bastardos.

Como que Vincent Kraw presumió que aquel hombre iba a contarle toda su vida y ello no le interesaba, le había dejado, pero todo funcionó bien.

Nadie mejor que un taxista para no perder una pista en la ciudad, porque si alguien sabía por dónde se podía girar una calle o tomar un carril determinado que conducía a algún lugar concreto, era un buen taxista o alguien que hiciera el recorrido habitualmente.

No le había extrañado que le telefonara desde los límites de la ciudad, en la ruta de Southhampton.

No quiso que el taxista le esperara. Le dijo que se marchara y que luego pasara por el hotel Europa, que allí, en el casillero de la habitación de Kraw, encontraría un sobre a su nombre con un buen dinero dentro. Se lo entregarían mostrando su documentación.

Pareció que la prisa por abrir aquel sobre hizo que el taxista regresara con prontitud y Vincent Kraw encontró camino libre.

La mansión era muy grande. La rodeaba un alto muro y tenía algo de siniestro.

Comenzó a lloviznar, pero Vincent Kraw se subió el cuello de su gabardina impermeable azul oscuro. Había pasado por delante de la verja de entrada y luego, había detenido el coche algo más lejos, introduciéndolo en un bosquecillo con peligro de que rodara pendiente abajo, ya que se había internado en la maleza sin luces y haciendo un ruido infernal a causa de un socavón que el coche parecía no querer superar.

Al salir del auto comprobó que estaba al borde de la pendiente y se dijo que si llovía mucho y la tierra se ablandaba en exceso, era posible que al regreso encontrara el coche al fondo del barranco.

Pensó en cambiarlo de sitio, pero observó el socavón que había rebasado y comprendió que si se clavaba en él, el coche tampoco le serviría luego para nada.

Incluso, la panza metálica del vehículo se había raspado contra la tierra, arrancándose parte de la gruesa pintura antioxidante.

Se encogió de hombros y pegándose al muro, avanzó por un sendero lateral en cuyo centro discurría una pequeña acequia. Al otro lado de la misma había otra mansión que le interesaba muy poco.

Allí no habría tanto detrito como en una cloaca normal, pues discurría el agua que bajaba de algún arroyo, pero por si acaso, evitó que sus pies se hundieran en él.

Se topó con algunas plantas de espinos y mucha hiedra, tan feraz que ocultaba materialmente la pared. Al querer aferrarse a ella, se le hundió la mano y notó que su mano cedía por un hueco.

Tanteó y comprobó que detrás de la hiedra, en aquella parte del muro, había una puerta angosta. Era de madera y tenía una cerradura antigua, de gran ojo y posiblemente muy oxidada.

Extrajo de su bolsillo la ganzúa más grande que llevaba consigo. La cerradura merecía todos los honores y quizá por su oxidación, se resistiera más que una caja de caudales.

Sin embargo, lo que más temía Vincent Kraw era que, además, aquel portalón tuviera un grueso cerrojo por su parte interior, lo cual le impediría entrar en la mansión.

La lluvia se hizo más densa, pero se protegió bajo el propio dintel del portalón mientras forcejeaba en él. Al fin, la cerradura cedió. La ganzúa, de haber sido del más templado acero, se habría torcido como un simple alambre de cobre.

Cuando se encontró al otro lado del muro, suspirando aliviado porque no había cerrojo interior, evitó hacer ruido alguno. Podía haber perros.

Cerró la puerta y pasó al frondoso jardín, descuidado y abandonado. Parecía que ningún jardinero lo atendiera.

—¿Qué hará aquí Reting, será éste el refugio de su manager John J. Johnson?

Se dijo que debía de haber averiguado un poco más sobre aquella mansión antes de llegar a ella, más había carecido de tiempo material.

Había tenido que ocuparse de Geraldine que se había quedado dormida en la cama del hotel. Posiblemente la chica, al despertar, se miraría al espejo del cuarto, de aseo y pensaría en las interpretaciones de Freud sobre el enigma de los sueños. ¿Sería realidad o sueño? Pero no, vería que había dormido sola, que el canalla de Vincent Kraw se había largado.

Se introdujo por el jardín. Notó la pistola «Bronstein» al apretar su brazo contra la axila. Su cabeza se había empapado y su rostro, mojado. Cualquiera al verle hubiera pensado que sudaba copiosamente y, sin embargo, el agua era fría, muy fría, casi agua nieve, aquella maldita borrasca que venía del mar de Irlanda.

Vincent Kraw se dijo que cuando terminara aquella misión, si no lo hacía en la fosa común de un cementerio londinense, mientras el sepulturero se rascaba la cabeza pensando a quién diablos enterraba o algún recalcitrante policía no se empeñaba en tenerlo por tiempo indefinido dentro de un congelador de Morgue hasta descifrar el misterio de su identificación, pues sus huellas verdaderas no aparecerían en parte alguna; si no le sucedía nada de aquello, se iría a las Antillas y allí pasaría un tiempo de vacaciones, sudando un poco y viendo de cerca el oleaje de un mar cálido y generoso, pletórico de vida y de tiburones. ¿Por qué no? Siempre podía acercarse alguien molesto y sería divertido invitarle a tomar un bañito, sin aleccionarlo previamente sobre la fauna marítima del lugar. Sí, pensó que sería mucho más agradable el calor que aquel frío que empezaba a metérsele por el cuello, resbalando por su espalda en forma de agua helada.

No llevaba sombrero, le parecía que usar sombrero con el ala inclinada hacia delante era como ir pregonando por la calle «soy espía, espía de la antigua escuela».

Vio coches, muchos coches, oscuros, grandes e imponentes, coches de hombres adinerados. La casa parecía en silencio. Debía tener unas paredes muy gruesas y todas las ventanas estaban cubiertas por su lado interior, de modo que desde afuera nada se veía.

Vincent Kraw se dijo que allí había mucho que averiguar. Su única pista para hallar a Otto Hatler era Reting, el chantajeado, y Reting estaba allí dentro.

CAPÍTULO XIV

No había terminado de explicar John J. Johnson sus planes cuando Barney estornudó. Al hacerlo, se volvió, dándoles la espalda. Al encararse de nuevo con ellos, de debajo de la cazadora había sacado una pistola pavonada. Era una automática pequeña, pero muy afectiva, la temible «Browning» con la que encañonó a Reting y a John J. Johnson.

—Se terminó el asunto, compadres.

Reting parpadeó confuso. Sin embargo, el alto y resabiado John J. Johnson no pareció extrañarle demasiado.

—Barney, ¿estás loco? ¿Qué haces con esa pistola? —le preguntó el cantante.

—Hacerme millonario, millonario en libras esterlinas, así de fácil. No es lo mismo ser millonario en libras que en francos o dólares. Las libras, al cambio, valen más, sube mucho en el mercado libre. Ha tenido usted una buena idea en traer oro y plata.

—Barney, estás bromeando, ¿verdad? —preguntó Reting, confuso.

—No, Reting, no. Barney no bromea, va en serio. Él andaba buscando esto —dijo John J. Johnson.

—Deme las llaves. Ahora ya tengo lo que quería y no hay por qué perder más tiempo. Tomo el furgón y me largo, así de fácil. Luego, ya no volverán a saber más de mí.

—¡Johnson! ¿Ha oído a este loco?

—Sí, Reting, sí. La verdad es que sospechaba de los dos, pero no estaba seguro de quién podía haberme hecho la cochinado de Otto Hatler. Sospechaba de ti, Reting, pero eres menos astuto que Barney.

—De modo que ha sido él, él —dijo Reting, señalando al pelirrojo.

Éste sonrió satisfecho y orgulloso.

—Sí, he sido yo quien ha conseguido que se reúnan cinco millones en libras esterlinas en este furgón blindado.

—Jamás lo hubieras sospechado —confesó Reting, anonadado—. Tú, mi amigo...

—Cuidado, no se mueva ninguno de los dos, porque los mando al infierno. Ahora ya tengo las llaves del furgón y él es todo lo que quiero.

—¿Cómo se te ocurrió todo el plan, Barney? —preguntó John J. Johnson.

—La verdad es que siempre me he llevado una parte muy pequeña de todos sus sucios negocios, Johnson, y creí que merecía más.

—¿Por eso pensaste en secuestrar al banquero Hatler? —preguntó el estirado británico, hombre de múltiples y sucios negocios.

—No fue algo calculado, la casualidad favoreció las cosas. Yo conocía a Otto Hatler, sabía lo que significaba en el Banco Majore de Ginebra al que llevábamos los paquetes de contrabando que aparecían dentro de nuestro instrumental. Sabía lo que significaban y Reting también, no puede negarlo.

—Sí, lo sabía, pero...

—Yo me decía que algún día llegaría la mía y ese día llegó cuando descubrí a Otto Hatler en el aeropuerto de Londres. Le seguí en un taxi y lo puse fuera de circulación. En el taxi ya fui planeando los detalles de mi chantaje. Sabía que usted se asustaría mucho, Johnson, que pagaría lo que fuera para que sus clientes, los más sucios cerdos internacionales, se sintieran seguros y sus nombres no aparecieran en los periódicos con datos exactos.

—Pero ¿Otto Hatler te dio las listas de nombres, el extracto de las cuentas?

A la pregunta de Reting, el pelirrojo Barney respondió:

—Qué va, el tipo resultó muy íntegro. Le hice algunas caricias, había leído un manual chino, no sé si lo compré en una *sex-shop* de Amsterdam. Bueno, algo muy sádico, pero el tipo no soltó la lengua y se me quedó entre las manos.

—¿Lo has matado? —preguntó Johnson.

—El tipo no resistió mucho, tenía la presión alta y sangró como un cochino. En fin, ¿qué más daba? Él había desaparecido y eso se

iba a poner en evidencia con sólo que usted llamara al Banco, Majore de Ginebra, usted y todos los que se asustaron de golpe al propagarse la noticia de que el banquero suizo había desaparecido.

—Bueno, ya es un alivio que las listas no hayan salido de la boca de Otto Hatler, que se las haya llevado consigo a la tumba —suspiró John J. Johnson.

—Sí, eso sí, pero yo me quedo con el dinero. Ya estaba harto de hallarme siempre en un segundo plano y tú, Reting, siempre el primero, recibiendo fama y más dinero cuando todos los arreglos de las canciones me los debes a mí.

—Ya lo sé, Barney, pero siempre te he considerado bien y en todos los anuncios de programas salía tu nombre.

—Pero con unas letras que parecían microscópicas al lado de las tuyas, Reting, microscópicas.

—¿Problemas de celos profesionales...? —preguntó Johnson con suficiencia pese a la difícil situación, cosa que molestó a Barney.

—Problemas de mala uva, Johnson, y de dinero. Con todo lo que hay en el furgón, seré otro hombre en algún recóndito lugar del mundo.

—¿Y no temes que alguien vaya a buscarte? Todos esos cerdos, como tú los llamas, están muy furiosos aunque intenten divertirse con las chicas y cuando se enteren de que has sido tú el chantajista que los ha puesto en peligro, el que se ha llevado su dinero, enviarán a alguien para que te mate. Lloverán los sicarios sobre ti y de todas las nacionalidades, eso sin contar los espías profesionales que también te buscan.

—A mí, no, Johnson, a mí no. No conseguirá meterme el miedo en el cuerpo. Buscan a Otto Hatler, y ése está en los sótanos de esta mansión, dentro de un barril. He cortado todos los cabos. Caracol, el confidente, era el único que podía llegar a intuir algo, pues al parecer me vio cuando encontré a Hatler. Él andaba buscando «hierba», pero pude enviarlo al infierno oportunamente. Fue fácil, un simple cable conectado a su diversión favorita: la máquina del millón.

—Pero ¿cómo conseguirás que nosotros callemos, llevándote todo ese dinero?

—Siempre has sido un estúpido, Reting, un estúpido. ¿Acaso crees que os voy a dejar con vida?

—¡No, Barney, yo siempre he sido tu amigo!

—Sí, al que le llevaba las zapatillas. —Gruñó Barney con una sarcástica sonrisa.

Le había metido el cañón de la pistola en el vientre y jaló el gatillo, chamuscando la ropa y la carne. De esta forma, se ahogó el estampido del disparo.

Reting sintió un dolor infernal dentro de él al tiempo que se sentía empujado hacia atrás.

La bala debía de haberle traspasado y golpeado la columna vertebral.

Johnson se había hecho a un lado sacando una «Luger», más no llegó a jalar el gatillo. Barney disparó de nuevo, alcanzándole en el pecho.

—¡Maldito seas! —masculló John J. Johnson apoyándose en el furgón—. ¡No escaparás, no escaparás!

Johnson tenía sus buenas razones para decir aquello. Había alertado mediante un pequeño micro-emisor al coreano y al jamaicano que se habían acercado sigilosamente al establo, tal como les había ordenado previamente sin que lo supieran Reting ni Barney, puesto que Johnson sospechaba de uno de ellos.

Las dos sombras se internaron en el establo. Barney las presintió y quiso saltar a la cabina del furgón para protegerse, más no llegó a tiempo.

Algo saltó sobre él y un golpe seco le partió la nuca, matándolo instantáneamente. Pero, una tercera persona irrumpió en el recinto, alguien que sí había oído las detonaciones, pues no estaba en la fiesta.

—¡Quietos todos! —ordenó Vincent Kraw con su pistola.

La cosa no era tan fácil de obtener. La luz era muy escasa, ahora sólo había la que se había encendido dentro del propio furgón, ya que la linterna de Johnson se apagó al caer al suelo. El jamaicano se dejó caer y recogió la pistola del propio Barney. Disparó hacia donde había quedado enmarcada la figura del recién llegado al quedar abierta la puerta; afuera seguía lloviendo.

El fogonazo fue fatal para él, puesto que Panther disparó contra él. Se escuchó un gruñido.

Panther notó una extraña quietud; sin embargo, había respiraciones que eran puros estertores de agonía. Alguien sangraba

y alguien moría.

Panther se adelantó con sumo cuidado. Bruscamente, algo parecido a un felino cayó sobre él.

El canto encallecido de una mano muy entrenada estuvo a punto de hacerle estallar, por lo menos, una de las dos venas carótidas, lo que hubiera resultado fatídico para él.

Escapó echándose hacia atrás y la mano letífera pasó silbando frente a su cuello.

En su caída hacia atrás, Panther elevó la puntera de su zapato y golpeó la cara del coreano, el cual, a su vez, replicó con un talonazo que alcanzó a Panther en la boca del estómago. Ambos rodaron, enzarzados en una pelea a muerte.

Panther aún tenía su pistola, pero el coreano no parecía usar más que su cuerpo y se sintió en una superioridad que le desagradó por lo que dejó caer el arma. Era algo que jamás debía de hacer nadie en el mundo en que se desenvolvía, pero Panther lo hizo. Quizá fue espíritu de juego limpio y el coreano sonrió con sus finos labios.

La pelea fue de una dureza tal, que hizo chillar hasta a las ratas de terror.

El coreano, viendo que recibía más que daba, hizo aparecer la hoja de un fino cuchillo. Panther comprendió que el oriental había dejado de jugar limpio y quiso recuperar su pistola o, por lo menos, una de las que yacían en tierra. Más no pudo. El coreano se lanzó contra él de cabeza para tumbarle, y luego asestarle la puñalada mortífera, pero Panther rodó sobre sí mismo y hubo mala suerte para el coreano.

Para darle consistencia y que no se derrumbaran, a alguien se le había ocurrido comentar alrededor de las columnas que sostenían la techumbre de lo que antiguamente fueran caballerizas para animales de pura sangre. Allí fue a estrellarse la cabeza rapada del oriental, fracturándose el cráneo por la violencia con que se había lanzado sobre Panther.

Panther, jadeante, lleno de moraduras por los terribles golpes de karate y kung-fu

del coreano, suspiró. Buscó entre los cuerpos caídos y sólo halló uno vivo, uno que agonizaba gimiendo dolorosamente. Era Reting.

Le miró la herida y comprendió que poco había que hacer.

—Vamos, Reting, ¿dónde está Otto Hatler?

—Eres tú, Panther, tú, maldita sea.

—No pienses en odiarme, Reting. Quiero ayudarte.

—Barney, Barney es un cochino...

—Era, ha muerto.

—Se lo tenía merecido. El muy cerdo había secuestrado al suizo para chantajearnos y llevarse cinco millones de libras, pero el suizo no habló y murió.

—¿Dónde está ahora el cadáver?

Lo último que dijo Reting fue:

—En un barril, en los sótanos de esta casa.

Panther no necesitaba más explicaciones, lo comprendía todo. Reting había muerto, lo mismo que los demás.

Miró al interior del furgón; ya sabía qué clase de personajes se estaban divirtiendo dentro de la mansión.

Tomó las llaves que Barney aún tenía en las manos. Recogió su pistola «Bronstein», probó las llaves con cuidado y cerró el furgón.

Luego, pasó al volante del mismo y salió del establo, dejando unas profundas huellas en el suelo. Antes había pinchado cuidadosamente todas las ruedas de los coches aparcados ante la casa, confiando en que la lluvia, que había arreciado, disimulara el ruido del aire escapándose, lo mismo que había amortiguado la ruidosa música del interior los disparos producidos en el establo.

La verja se abrió al tocar el claxon y salió al camino.

Poco más tarde, se detenía ante una cabina telefónica y llamaba a Scotland Yard.

Geraldine se despertó sobre la estrecha litera de una *roulotte*. Notó su movimiento y creyó que se hallaba inmersa en una pesadilla. Se levantó tambaleante. No tenía las piernas muy seguras y buscó sus gafas.

Al fin, consiguió ponerse en pie, percatándose de que estaba despierta y no era un sueño.

La *roulotte* le era desconocida y se hallaba en movimiento. Intentó abrir la puerta, pero ésta se hallaba cerrada con llave.

A través de las ventanas divisó campos que no le eran familiares, campos llenos de una hierba color esmeralda oscuro.

Comenzó a golpear la pared de la *roulotte*. Poco después, salían

de la carretera y se introducían en un bosquecillo. Al fin, se abrió la puerta y ante ella quedó un hombre alto, apuesto, de cabello muy rubio y ojos gris-azulados. Tuvo la sensación de que lo conocía, más no llegaba a identificarlo plenamente.

—¿Quién, quién eres?

Él, gravemente, con acento ruso esta vez, le dijo:

—Camarada, has fracasado en tu misión. No sirves para nuestra red, serás enviada a...

—¿A Siberia?

Ante el susto que demostraba la joven, él dijo:

—No, a una vida mejor en mi compañía. Te prometo que lo pasaremos muy bien, camarada.

—¿Contigo? ¿Quién eres? Yo te conozco de algo.

Él soltó una carcajada.

—Claro que me conoces, Geraldine. Soy Vincent Kraw o mejor dicho, Panther.

—No es posible...

—Ya te dije que eras una novata que no servías para espía. Te narcotiqué primero con algo suave; luego, al regresar al hotel, te puse una inyección algo más fuerte y ahora estamos muy lejos de Londres. Debía de llevarte conmigo porque el asunto de Otto Hatler ya está solucionado.

—¿A qué llamas solucionado?

—Pues, que ha sido enterrado en un cementerio de Londres con el beneplácito de mucha gente, claro que ha recibido una corona con la dedicatoria de Panther, y muchos saben lo que eso significa.

—¿Lo has matado tú?

—No.

Panther le explicó lo ocurrido en el establo y cómo la policía había irrumpido en la mansión, encontrando los cadáveres y a los financieros y políticos con las chicas que no habían podido escapar a tiempo. Los que carecían de inmunidad diplomática iban a tener que explicar muchas cosas. Los otros, posiblemente, serían expulsados de Inglaterra como personas no gratas.

—Pero ahora, los de mi partido me estarán buscando. —Se lamentó Geraldine, asustada—. Creerán que he desertado.

—Que piensen lo que quieran. La verdad es que has sido raptada.

—¿Raptada, por quién?

—Por mí, al estilo primitivo.

—¿Y adónde vamos?

—A Escocia. Allí conozco un barco pesquero que cruzará el Atlántico y terminaremos en una isla de las Antillas donde estaremos magníficamente en una villa que poseo frente al mar, rodeada de palmeras. Me encargaré de borrar tu rastro. Luego, el mundo será nuestro.

—¿Nuestro? Si tú estás metido en todos los líos.

—Por el momento, voy a descansar. Nadie sabe quién es Panther, cada vez he cambiado de nombre.

—¿No lo saben ni los tuyos?

—No.

—¿Quiénes son los tuyos?

—Los del mundo occidental, pero sólo aceptaba casos si los consideraba justos y para llevarlos a mi manera.

—¿Y tu precio?

—Lo que pudiera llevarme en los casos. Así, sin pagarme, no se comprometían a nada.

—Pero tú siempre te has llevado algo.

—Sí, y en esta ocasión, lo suficiente para sacar el estómago de penas toda la vida, pero quiero puntualizar algo.

—¿Qué?

—Que siempre, el cincuenta por ciento de lo que he ganado, lo he enviado anónimamente a la Unicef, para los niños hambrientos del mundo.

—Eso está bien.

—Sí, especialmente ahora, porque se van a llevar un buen pellizco; La mitad de cinco millones de libras esterlinas que no se pueden devolver a nadie, porque nadie quiere proclamar que ese dinero le pertenece y para que se lo quede cualquier Gobierno, me lo quedo yo.

—Caramba, vaya con Panther. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Como espía eres un fracaso, pero quizá puedas demostrarme ahora que sí eres buena en otra especialidad.

—¿Qué especialidad?

Panther cerró por dentro la puerta de la *roulotte* y bajó la persiana. Se acercó a ella, quien primero dio un paso hacia atrás.

Luego, se detuvo y sonrió.

—Está bien, está bien, veremos si soy un fracaso en todo.

—Seguro, seguro que no. —Silabeó el hombre, apoyando sus manos sobre las caderas femeninas mientras sus bocas se buscaban furtivas y ansiosas a la vez.

A lo lejos, por los prados solitarios, mugían unas vacas y un pastor contemplaba aquella furgoneta «Volkswagen» tras la cual estaba enganchada la *roulotte* con una franja dorada horizontal.

Rascándose la cabeza, comentó:

—Son verdaderos caracoles, a saber lo que se esconderá dentro de esos cacharros. Su perro ladró, como asintiendo a las palabras lanzadas al aire.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

NOTAS

[1] Bebida en la que los licores se mezclan según su densidad, por lo que flotan superpuestos en capas multicolores. < <

[2] Agente de policía. < <